

---

## **PABLO DE TARSO Y EL CRISTIANISMO UNIVERSAL**

---

«Pablo es un gran pensador judío de la época del Segundo Templo. Pero Pablo pertenece a dos mundos, el judío y el griego. Y toda su teología, aunque judía, está penetrada de una visión griega». [Antonio Piñero]

---

«Jesús de Nazaret tuvo la suerte de contar con excepcionales circunstancias de atmósfera religiosa en el Mediterráneo Oriental aprovechadas maravillosamente por el genio religioso de Pablo de Tarso. Juan Bautista no tuvo, para desgracia para él, un Pablo». [Antonio Piñero]

---

«Ciertamente Pablo reinterpreta y “reinventa” a Jesús. Pero no como le da la gana, sino siguiendo pautas estrictamente judías de cómo se entiende la figura del mesías, desde el punto de vista de que es –tras su muerte, o al menos, desde su ascensión al cielo como Henoc– una figura celestial. Pablo no introdujo conceptos como la salvación y la inmortalidad del alma... ¡en absoluto! Estaban inventados hacía siglos y difundidos ciertamente por la religión griega en el ámbito del Mediterráneo Oriental y por otras religiones, como la persa». [Antonio Piñero]

---

«Hay que resaltar la importancia capital de la figura de Pablo: el núcleo de su teología y de su reinterpretación de Jesús, el cambio en la perspectiva acerca de la consideración de la naturaleza del mesías, el inmenso influjo del ideario paulino en los Evangelios (en todos, incluido el de Juan), la inmensa importancia de la figura del Apóstol en la formación del canon neotestamentario, de modo que puede decirse sin exagerar un ápice, que el Nuevo Testamento no es el fundamento del cristianismo, sino de uno de los cristianismos de los dos primeros siglos, el triunfador, el paulino, etc.» [Antonio Piñero]

---

<http://www.antonioopinero.com/capitulos-cristianismo-primitivo.html>

Nuevas perspectivas en los estudios sobre Pablo de Tarso

en Καλὸς καὶ ἀγαθὸς ἀνὴρ· διδασκάλου παράδειγμα. HOMENAJE AL PROFESOR JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ. Editores: Luis Miguel Pino Campos y Germán Santana Henríquez. Ediciones Clásicas 2013, 886 páginas. ISBN: 84-7882-773-0, pp. 649-656.

La interpretación tradicional de Pablo durante centurias ha sido cuestionada a partir de mediados del siglo XVIII, pero de una manera más radical aún desde 1960. Tras exponer brevemente los puntos de vista generales de esta última se analizan dos ejemplos típicos, de Lloyd Gaston y Paula Fredriksen y se argumentan las dificultades que suscitan. Finalmente se plantea la redefinición de un método filológico de análisis de los textos paulinos partiendo no sólo de una lectura interpretativa sino de los hechos o acciones que pueden deducirse como suficientemente probados a partir de los textos del Pablo auténtico.

“Orígenes del cristianismo. Breve síntesis”, en D. Castro-A. Striano (eds.), Religiones del Mundo Antiguo, Ediciones de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Delegación de Madrid, Madrid 2010, pp. 139-167. ISBN: 978-84-614-2740-6.

Síntesis de este artículo son las 22 tesis siguientes:

Tesis para un debate sobre orígenes del cristianismo

1. El plural “orígenes” y no el singular es muy adecuado. El cristianismo es un fenómeno complejo y dinámico que no tiene un solo origen, sino varios.
2. Debemos distinguir entre orígenes remotos y próximos. Los orígenes remotos del cristianismo son el judaísmo antiguo, anterior al siglo VI a.C. que a su vez tiene muchas influencias sobre todo del mundo cananeo, de Egipto y de Mesopotamia. Estos orígenes remotos no se consideran ahora.
3. El trasfondo próximo del cristianismo es la religión judía del siglo I de nuestra era. Pero éste no es un judaísmo antiguo, sino uno judaísmo modificado desde el tiempo del final del exilio en Babilonia (sobre todo a principios del siglo V en adelante) por dos influencias principales: la de los mundos babilónico-persa; segunda: la atmósfera religiosa de la piedad y filosofía del helenismo.
4. Respecto a los orígenes inmediatos del cristianismo el axioma principal es: Jesús no fue propiamente el fundador del cristianismo, sino sólo su base y su impulsor.
5. La religión de Jesús fue esencial y profundamente judía, no cristiana.
6. El cristianismo es una reflexión creativa sobre el legado de éste; una reinterpretación de la importancia y trascendencia de la figura y la misión de Jesús.
7. El cristianismo es por tanto un fenómeno exegético: los seguidores de Jesús reinterpretan la misión y figura de Jesús a partir de unos presupuestos previos –su mesianismo y su resurrección-, y por una exégesis a) de textos que los rabinos de la época consideraban mesiánicos y b) de otros textos similares de la literatura piadosa de la época o inmediatamente anterior. Esta literatura constituye lo que hoy se llama Apócrifos del Antiguo Testamento junto con los Manuscritos del Mar Muerto.

8. Los seguidores de Jesús se constituyen en facción o grupo aparte del judaísmo de su tiempo. Este nuevo grupo se denominará a sí mismo "iglesia" o verdadera asamblea de Dios.
9. Esta "iglesia" es distinta del grupo de los Doce, el único fundado por Jesús con un significado simbólico: representar al futuro Israel de los últimos días, restaurado por Dios.
10. Es esta iglesia la que dará forma y difundirá la nueva teología o doctrina sobre Jesús mesías.
11. El proceso de relectura del Antiguo Testamento y de su literatura aneja, que da origen a la teología cristiana, se hacía dentro del judeocristianismo naciente siguiendo unos modelos de interpretación bien definidos en la época. Estos modelos eran fundamentalmente tres: 1. Modelo promesa / cumplimiento. 2. Modelo inserción/sustitución. 3. Modelo de oposición/contraposición.
12. El cristianismo sólo es tal cuando aparece -en unos cincuenta años tras la muerte de Jesús- como una doctrina cuya ideología supone un salto teológico cualitativo sobre el judaísmo y consecuentemente sobre el pensamiento de Jesús.
13. La base principal de esa disidencia es la divinización de Jesús.
14. El discurso de Esteban en el capítulo 7 de los Hechos de los apóstoles es el núcleo germinal de la teología paulino-cristiana. Y ésta a su vez es el núcleo germinal del cristianismo de hoy. Éste es esencialmente paulino en sus tres formas principales: católica, protestante y ortodoxa.
15. Se puede decir que el principal fundador -entre otros- del cristianismo de hoy es Pablo de Tarso. La teología paulina se resume en lo siguiente: el cumplimiento de la ley de Moisés es innecesario para la salvación; sólo se salva quien crea que Jesús es el mesías y que su sacrificio en la cruz, junto con su resurrección, fue el acto que reconcilió a la humanidad pecadora con Dios.
16. El cristianismo actual es un fenómeno complejo y dinámico que tiene varios "fundadores". Entre los otros señalaría especialmente el grupo o personaje que está detrás de la línea de pensamiento del Evangelio de Mateo y el que está detrás del grupo y pensamiento del Evangelio de Juan.
17. Pablo de Tarso cambia radicalmente la figura del Jesús histórico, pues hace de él un salvador universal -del mismo tono que las divinidades salvadoras del mundo helenístico en el que vive- y no un mesías judío, a la par que transmuta el mensaje (kérygma/evangelio) del Jesús histórico: cambia el significado de Evangelio: de ser un anuncio de la venida del Reino (absolutamente irrelevante en el mundo helenístico) pasa a ser en Pablo el anuncio de que la muerte y resurrección de Jesús realizan la salvación. Esta perspectiva encaja muy bien en un mundo preocupado precisamente por las ansias de salvación (soteriología).

18. Las interpretaciones de los textos de la Escritura y literatura aneja que podían afectar a Jesús, a su figura y misión entre los cristianos a la vez que eran muy divergentes a las comunes del judaísmo eran también divergentes entre sí, sobre todo en aquellos temas no previstos o no tocados por la predicación que se recordaba de Jesús. Por ello hay que hablar de cristianismos, en plural.

19. Los principales son: 1. La naturaleza del salvador Jesús, es decir, cómo se había constituido su personalidad divina. 2. La naturaleza y misión del grupo de sus seguidores hasta que él volviese de nuevo a juzgar a vivos y muertos: cómo debía entenderse la Iglesia y su función. 3. La naturaleza exacta de la salvación.

20. El cristianismo paulino era la que mayores garantías de éxito podía tener en el complicado y efervescente "mercado" religioso del Imperio romano, pues Pablo había resuelto bien el problema de la salvación de los paganos por medio de una simple "justificación por la fe". Eran innecesarias tanto la circuncisión y la observancia de normas de pureza como la iniciación en los "misterios".

21. La escuela de Pablo, sobre todo la representada por las Epístolas Pastorales, caminaba también por la dirección del éxito cuando insistía en ciertas directrices esenciales a la hora de consolidar las nuevas iglesias que se iban fundando. Estas directrices son: 1. El control absoluto de la comunidad en cuanto masa social, como sucesores de los apóstoles en especial de Pablo. 2. El control ideológico del grupo, al ser los que mantenían oficialmente el "depósito" de la recta doctrina. 3. El control de la interpretación de la Escritura común con el judaísmo, el Antiguo Testamento.

22. Cuando se lleve a cabo este triple programa ("recta interpretación" de los textos sagrados; formación del concepto de "tradición" o recta doctrina; establecimiento de la jerarquía basada en la "sucesión apostólica"), a lo largo de los siglos II y III, tendremos completado el proceso de constitución del cristianismo.

---

## **EL PABLO DE TARSO ANTERIOR A LA "LLAMADA"**

En Hch 22,3 se afirma que Pablo era oriundo de Tarso (10 d.C., unos diez o quince años menos que Jesús), en Cilicia, al sur de la actual Turquía. Él nada dice de ello en sus cartas. Lo que es seguro es que un judío de la diáspora, no nacido en Israel, y helenizado. Pablo nos dice que su familia era genuinamente judía (Flp 3,5). y se cree que era ciudadano romano. Tarso era una ciudad de cultura helénica, famosa por sus escuelas de retórica y el cultivo de las artes y las letras.

El Apóstol se llamaba a sí mismo Παῦλος (Paulos) en sus cartas escritas en griego koiné. El libro de los *Hechos* lo llama con la forma griega Σαούλ (Saoul) o Σαῦλος (Saulos) (en hebreo antiguo: שאול; en hebreo moderno: Sha'ul, y en

hebreo tiberiano Šā'ûl). El nombre en hebreo antiguo significa 'invocado', 'llamado' o 'pedido' (de Dios o de Yahveh). Los *Hechos de los Apóstoles* emplea también la expresión «Σαυλος, ο και Παυλος», «Saulo, también [llamado] Pablo» o «Saulo, [conocido] también [por] Pablo. En el judaísmo helenista, era frecuente llevar un doble nombre: uno griego y otro hebreo.

«Y en lo que se refiere a su lengua, es muy probable que Pablo tuviera el griego como lengua materna, pero según Hch 21,40; 22,2; 26,14, hablaba también hebreo y arameo. Tampoco hay por qué dudar de este dato, corroborado por pequeños detalles de su modo de escribir el griego. Por sus cartas, sin embargo, se ve que manejaba con notable soltura esta lengua. Es muy probable además que supiera al menos algo de latín, aunque no tenemos pruebas directas.

Se discute si Pablo pudo seguir la enseñanza superior helénica y si recibió alguna formación en los autores clásicos. Esto no parece a priori verosímil en el seno de una familia de estricta observancia judía y al parecer de escasos recursos económicos. Además, no se encuentran en las cartas de Pablo especiales alusiones a poetas u otros literatos, como ocurre con autores cristianos posteriores. Pablo da la impresión en sus cartas de ser poco receptivo a los modelos generales de la cultura griega, si lo comparamos, por ejemplo, con otro judío del siglo I como Filón de Alejandría.

El texto literario que Pablo conoce y utiliza con pasión es la Biblia judía. No es exagerado afirmar que el trasfondo cultural más importante en Pablo son las Escrituras sagradas de Israel. La mayor parte de las citas bíblicas paulinas se parecen más a los Setenta que al texto hebreo, como lo indica el propio vocabulario de sus cartas. El Apóstol supone en general que sus lectores paganos o judíos están familiarizados con algún tipo de esta traducción de la Biblia al griego. Pablo no cita siempre de memoria la Biblia, sino que tenía ante sus ojos un texto escrito.

El Apóstol interpreta la Biblia de un modo que hoy es imposible, por lo aparentemente arbitrario y en contra del sentido literal o histórico, pero que sí era relativamente común en su tiempo. Para nosotros los textos que cita Pablo tienen otro significado, pero a su mente solo le preocupaba lo que, según creía, el Espíritu le dictaba sobre la pertinencia y sentido de determinados pasajes bíblicos para la edificación de sus iglesias.

La postura tradicional es que Pablo se formó como fariseo en Jerusalén, según Hch 7-8 y 22,3. Se argumenta también que esta trayectoria vital proporcionó al futuro apóstol de los gentiles una formación técnica al modo «rabínico» posterior.

Pablo utiliza directamente una versión parecida a la de los Setenta. Y una improbabilidad más: a pesar del tópico de que Pablo era un buen «rabino», diversos expertos judíos sostienen que, bien analizado, su modo de argumentar a partir de textos de la Biblia carece del método y del rigor lógico que empleaban los auténticos maestros de la Ley de la época.

Una dificultad añadida es que, aunque toda la teología paulina se apoya de modo casi exclusivo sobre concepciones veterotestamentarias desarrolladas por el fariseísmo, Pablo las entiende a menudo de modo radicalmente diferente, a veces exactamente al revés.

Pablo empleaba el término «fariseo» no de un modo estricto, sino de una manera amplia como «defensor de las ideas fariseas» en contra, por ejemplo, de las saduceas o esenias.

La crítica histórica tiende hoy a sostener que es posible que Pablo se formara en Damasco en el espíritu de los fariseos y que fuera allí donde persiguió a una o varias comunidades de judeocristianos. Por tanto, fuera de Jerusalén/Israel.

¿Qué pudo llevar a Pablo, fariseo al menos de creencias, a perseguir a los seguidores de Jesús? No tenemos apenas datos expresos. Pablo hubo de pensar de Jesús que era un mesías falso porque había acabado su vida como un fracasado, no apoyado por Dios, «colgado de un madero»; por tanto, como maldito de Dios: Gal 3,13 + Dt 21,22-23. Esto podría ser un auténtico escándalo (1 Cor 1,23) para alguien de su mentalidad.

Es posible que Pablo haya exagerado sus afanes persecutorios, en su deseo de mostrar a los gálatas (1,13) y a los filipenses (3,6) la potencia de la intervención divina en su persona, manifestada en el cambio de perseguidor a proclamador de la fe en Jesús, el Mesías.

Puede sostenerse que los componentes sociológicos y religiosos de la vida de Pablo conforman una mentalidad urbana y más amplia, de ámbito imperial, que tiene poco que ver con el mundo galileo y rural de Jesús de Nazaret.» [Piñero, 2022: 82 ss]

Pablo constituye una de las personalidades señeras del cristianismo primitivo. De raíces judías, el helenismo tuvo gran influencia que sobre él. Su conocimiento de la cultura helénica y el dominio del griego y del arameo le permitió predicar el Evangelio y adaptarlo a las dos culturas, de ahí su éxito entre los gentiles. Su enraizamiento en dos culturas (judía y helenista) dificultó a menudo la exacta comprensión de sus palabras: Pablo recurría unas veces a nociones helenísticas alejadas del judaísmo y otras hablaba como un judío estricto y observante de la Ley. Esto llevó a que algunas de sus afirmaciones fueran calificadas como «τινά δυσνόητα» (tina dysnoēta, 'difíciles de entender').

Sin haber pertenecido al círculo inicial de los Doce Apóstoles y después de discusiones, incomprendimientos y adversidades, Pablo se constituyó en artífice de la expansión del cristianismo en el Imperio romano. Su pensamiento conformó el llamado cristianismo paulino, una de las cuatro corrientes básicas del cristianismo primitivo que terminaron por integrar el canon bíblico.

Que Pablo fuera fariseo es un dato que ofrece el pasaje autobiográfico de la Epístola a los filipenses (3, 5-7):

3. *Porque la circuncisión somos nosotros, los que servimos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne.*

4. *Aunque yo podría confiar en la carne, y si hay algún otro que crea poder gloriarse en ella, yo más todavía.*

5. *Circuncidado al octavo día, de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo nacido de hebreos, y, según la Ley, fariseo,*

6. *y por el celo de ella, perseguidor de la Iglesia; según la justicia de la Ley, irreprochable.'*

7. *Pero cuanto tuve por ventaja, lo reputo daño por amor de Cristo.*

Aunque algunos autores cuestionan que fuera fariseo en juventud, otros aducen el pasaje en los *Hechos de los Apóstoles* (26:4-5):

4. *Lo que ha sido mi vida desde la juventud, cómo desde el principio he vivido en medio de mi pueblo, en Jerusalén mismo, lo saben todos los judíos;'*

5. *de mucho tiempo atrás me conocen y pueden, si quieren, dar testimonio de que he vivido como fariseo, según la secta más estrecha de nuestra religión.*

Saulo Pablo sería un judío de profundas convicciones, estricto seguidor de la Ley mosaica.

Según los *Hechos de los Apóstoles*, el primer contacto fidedigno con los seguidores de Jesús lo tuvo en Jerusalén, con el grupo judeo-helenístico de Esteban y sus compañeros. Saulo Pablo aprobó la lapidación de Esteban el protomártir, ejecución datada de la primera mitad de la década del año 30.

El capítulo 8 de los *Hechos de los Apóstoles* muestra un cuadro panorámico de la primera persecución cristiana en Jerusalén, en el que Saulo Pablo se presenta como el alma de esa persecución. Sin respetar ni a las mujeres, llevaba a los cristianos a la cárcel.

En un discurso posterior en el templo (*Hechos* 22, 19-21), Pablo señaló que andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en Jesús de Nazaret. En *Hechos* 9,1 se indica que las intenciones y propósitos de Saulo eran amedrentar de muerte a los fieles. Y en *Hechos* 22, 4 se coloca en boca de Pablo su persecución «hasta la muerte», encadenando y encarcelando a hombres y mujeres.

Más allá de los alcances precisos de su carácter persecutorio, se podría resumir –en palabras de Gerd Theissen– que la vida del Pablo precristiano se caracterizó por «el orgullo y el celo ostentoso por la Ley».

## **LA CONVERSIÓN CAMINO DE DAMASCO**

Según el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, luego del martirio de Esteban, Saulo Pablo se dirigió a Damasco. Se presentó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos

seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén.

Enviado por los sacerdotes de Israel a buscar y hacer detener a los partidarios de Jesús en Damasco, camino a esa ciudad, cayó del caballo, cegado por una fulguración luminosa como las que perciben los epilépticos en sus ataques, un resplandor del cielo que le derribó, mientras oía una voz que decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Según algunos autores, Pablo fue epiléptico y como consecuencia un exaltado religioso. Lucas fue su médico permanente, luego obispo y evangelista. Un aura epiléptica es un conjunto de sensaciones que vive una persona con epilepsia antes de sufrir una crisis generalizada.

Los *Hechos de los Apóstoles* (9, 1-9) describen la conversión de Pablo:

1. *Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se llegó al sumo sacerdote,*
2. *pidiéndole cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si allí hallaba quienes siguiesen este camino, hombres o mujeres, los llevase atados a Jerusalén.*
3. *Estando ya cerca de Damasco, de repente se vio rodeado de una luz del cielo;'*
4. *y cayendo a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*
5. *El contestó: ¿Quién eres, Señor? Y Él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.*
6. *Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer.*
7. *Los hombres que le acompañaban estaban de pie atónitos oyendo la voz, pero sin ver a nadie"*
8. *Saulo se levantó del suelo, y con los ojos abiertos nada veía. Lleváronle de la mano y le introdujeron en Damasco,*
9. *donde estuvo tres días sin ver y sin comer ni beber.*

Pablo mismo presentó esta experiencia como una «visión» (1 Corintios 9, 1), como una «aparición» de Jesucristo resucitado (1 Corintios 15, 8) o como una «revelación» de Jesucristo y su Evangelio (Gálatas 1, 12-16; 1 Corintios 2, 10). Pero nunca presentó esta experiencia como una «conversión», porque para los judíos «convertirse» significaba abandonar a los ídolos para creer en el Dios verdadero, y Pablo nunca había adorado a ídolos paganos, ni había llevado una vida disoluta. Cabe pensar que Pablo interpretara que tal experiencia no lo hacía menos judío, sino que le permitía llegar a la esencia más profunda de la fe judía. Por entonces, el cristianismo aún no existía como religión independiente.

Existen varios puntos sin resolver respecto de este relato. Por ejemplo, en 1 Corintios 9, 1 Pablo señaló que «vio» a Jesús, pero en ningún pasaje de los Hechos (Hechos 9, 3-7; 22, 6-9; 26, 13-18) ocurre tal cosa.

Después del suceso vivido por Pablo en el camino de Damasco, Ananías lo curó de su ceguera imponiéndole las manos. Pablo fue bautizado y permaneció en Damasco «durante algunos días».

Regresó después a su ciudad natal de Tarso y allí predicó hasta que hacia el año 43 vino a buscarlo Bernabé. Pablo y Bernabé fueron enviados a Antioquía (Siria), para llevar la ayuda fraternal de la comunidad de Antioquía a la de Jerusalén. En compañía de Bernabé, Pablo inició desde Antioquía el primero de sus viajes misioneros, que lo llevó en el año 46 a Chipre y luego a diversas localidades del Asia Menor.

## **LA CRISIS RELIGIOSA DE PABLO DE TARSO**

La conversión de Pablo de Tarso marcó desarrollo del cristianismo posterior, lo mismo que sucedería más tarde con la conversión de Agustín de Hipona, más tarde san Agustín (354-430 d.C.) o la del reformador Martín Lutero (1483-1546). Todos ellos sintieron de repente la "intervención de Dios" como una liberación. No fue algo del todo inesperado y sin preparación, porque describen la vivencia como una liberación de las ataduras. Lutero describe así su experiencia: "Ahora me siento como si hubiera renacido del todo; se me habían abierto las puertas; acababa de entrar en el mismísimo paraíso". Todos ellos habían vivido con una tensión interior de la que un día lograron liberarse.

Johannes Lehmann resume así la evolución religiosa del judío Saulo de Tarso, convertido luego en el cristiano san Pablo: Pablo procedía de una acomodada familia de comerciantes que se podían permitir enviar a su hijo a estudiar a Jerusalén. Tarso era una rica ciudad y gran centro comercial. El padre de Pablo era un rico comerciante que había comprado el derecho a la ciudadanía romana, derecho del que también disfrutaría el hijo; pero seguía siendo estricto creyente judío. Por eso envió a su hijo a estudiar a Jerusalén, pues la universidad de Tarso estaba ya muy helenizada. Los padres de Pablo querían que su hijo recibiera una educación según la estricta enseñanza judía. El joven Saulo, crecido en un ambiente liberal helenista, se encuentra de repente en Jerusalén, el centro del judaísmo. Aunque dominaba el arameo y conocía el hebreo, hasta entonces había conocido el Antiguo Testamento en la versión griega de los Setenta (Biblia Septuaginta). Ahora podía leer el texto original en hebreo. Sus compañeros de clase dominaban el hebreo bíblico mejor que él, educado en un ambiente griego. Posiblemente se tuvo que esforzar en ser el más estricto y ferviente practicante de la ley mosaica.

«En el Jerusalén de hoy, es conocido este tipo de estudiante fanático procedente de la diáspora, aunque ya no viene de Tarso, sino de Nueva York o Londres. Las demostraciones contra pacíficos automovilistas en sábado son muy comunes entre los fanáticos de la ley. Quieren legitimarse en Jerusalén como ciento cincuenta por ciento judíos fieles a la Torá. De la misma manera tenemos que imaginarnos al joven Saulo de Tarso, quien se orgullece de haber superado a muchos de sus compañeros de estudio en el judaísmo, que era celoso de la ley y había presenciado con satisfacción la lapidación del hereje Esteban». [Shalom Ben-Chorin: *Paulus*]

Con la intolerancia de un nuevo converso, Pablo intenta llevar la vida intransigente de un devoto. Se esfuerza por cumplir con todas las 613 leyes y prohibiciones que se han desarrollado a lo largo de la historia.

«Al principio le debió parecer tranquilizador ver cada situación de la vida estaba reglamentada de antemano por la Ley, de modo que era imposible cometer una falta, porque uno no decidía por sí mismo, sino que la decisión estaba predeterminada por Dios. Pero algún día le entró la inquietud al darse cuenta de que el conocimiento de todos los mandamientos y prohibiciones impedía su cumplimiento, porque si iba desvaneciendo cada vez más la confianza inmediata en Dios.

Lo que debería servir de ayuda se convertía en una tentación. En lugar sentir tranquilidad en el cumplimiento de la Ley, comenzaba a sentir el miedo inexplicable que proviene de la incapacidad de cumplir todos los preceptos. Cuanto más lo intentaba, menos lograba evitar eso que conocemos bajo el vago concepto de "pecado".» [Lehmann, 1985: 123]

Pablo se encontraba en una tensión constante entre la observancia de la Ley y la pasión que excita su transgresión. Cada mandamiento aumenta la tentación de ir más allá, cada mandamiento despierta el deseo de actuar en contra de él. Pablo mismo lo describe muy bien en la *Epístola a los Romanos*:

«Así que, hermanos míos, vosotros habéis muerto también a la Ley por el cuerpo de Cristo, para ser de otro, del que resucitó de entre los muertos, a fin de que deis frutos para Dios. Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte; mas ahora, desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en novedad de espíritu y no en vejez de letra. ¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? ¡Eso, no! Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley. Pues yo no conocería la concupiscencia si la Ley no dijera: "No codiciarás." Mas, con ocasión del precepto, obró en mí el pecado toda suerte de concupiscencia, porque sin la Ley el pecado está muerto. Y yo viví algún tiempo sin ley, pero sobreviniendo el precepto, revivió el pecado y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fue para muerte. Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató. En suma, que la Ley es santa, y el precepto, santo, y justo, y bueno. ¿Luego lo bueno me ha sido muerte? ¡Eso, no! Pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado. Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Así, pues, si hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley, que, queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apegas; porque me deleito en la Ley de Dios,

según el hombre interior; pero siento otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi razón y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor. Así, pues, yo mismo, que con la razón sirvo a la ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado.» [Rom 7: 4-25]

Johann Wolfgang von Goethe lo expresa muy bien en la *Canción del arpista*, capítulo 32 de su segunda novela *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*:

*El que nunca comió su pan con lágrimas,  
ni en las noches llenas de angustia  
se sentó en su cama a llorar,  
no os conoce, celestiales poderes.  
Vosotros nos lanzáis a la vida,  
dejáis al pobre ser culpable  
y lo abandonáis a su pena,  
pues toda culpa se paga en la Tierra.*

Pero si la Torá no es ayuda y guía en la vida, sino solo la ocasión para la tentación, ¿cuán despiadado es este Dios que se lo pone tan difícil a sus criaturas en su deseo de acercarse a Él?

«Se sentía como Lutero, que durante muchos años buscó a un Dios misericordioso sin encontrarlo. Un año antes de su muerte, Lutero recordaba así su vida antes de la "conversión": "No podía amar al Dios justo, que castiga al pecador, lo odiaba; porque, aunque vivía como un monje de conducta intachable, me sentía ante Dios como un pecador y me remordía la conciencia, y no me atrevía a esperar la reconciliación. Estaba muy enfadado contra Dios: ¿No es suficiente que los pobres pecadores, condenados eternamente por el pecado original, sean atribulados con toda clase de calamidades por la ley del Decálogo? ¿Todavía tiene que hacernos sufrir Dios y amenazarnos con su justicia y su ira a través del Evangelio? Así estaba yo de enfurecido y confuso".

Lutero siente que su imagen de Dios está distorsionada, pero no puede formularlo. Posiblemente no se daba cuenta de que él no estaba luchando contra un Dios injusto que castiga despiadadamente, sino en contra de un modelo muy terrenal que había dominado su vida desde el principio con dureza implacable. A pesar de que más tarde se quejó amargamente de que en su casa era golpeado por la menor falta cometida. Su madre le pegaba por cualquier nimiedad hasta hacerle sangrar, y su padre le castigaba duramente. Sin embargo, debido al respeto que le había sido inculcado hacia los padres, nunca tuvo claro que su imagen de Dios Padre era muy semejante a la de su padre biológico. Como monje, y más tarde como profesor de teología, padece depresiones y no es consciente de que

está combatiendo a su padre en Dios y a Dios en su padre.» [Lehmann, 1985: 125 ss.]

Una persistente duda atormentaba a Lutero: ¿Cómo se salva una persona? Escudriñando la Biblia, no encontró prueba alguna de que hubiera que hacer méritos para ganar la salvación y el perdón, halló, más bien, la buena nueva que tranquilizaría su conciencia agitada: la salvación es gratuita. En la *Epístola a los romanos*, de san Pablo, Lutero encuentra la clave: «El justo por la fe vivirá» (Romanos 1: 17). A la justificación por la fe y las obras predicada por la Iglesia Católica, Lutero opone la justificación por la sola fe: "Ninguna obra hace al artesano según la calidad de ella, sino como es el artesano, así resultará también la obra. Idéntico es el caso de las obras humanas, las cuales serán buenas o malas según sean la fe o la incredulidad del hombre".

«Pablo también quería deshacerse del miedo que lo atormentaba. El cumplimiento de la ley se le hace imposible, porque se da cuenta de su propia insuficiencia para cumplir la voluntad de Dios. Ante el temor al Juicio Final –y la inminente llegada de un fin del mundo y el juicio final era una idea muy presente– Pablo busca una salida y encuentra un paralelo con un proceso judicial: la culpa es anulada por un indulto o medida de gracia. Pablo encuentra al Dios misericordioso que Lutero encuentra de nuevo en una situación similar 1500 años después. Este es su nuevo Dios: "Mas ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción; pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención operada por Cristo Jesús, mediante la fe ... habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente en el tiempo de la paciencia de Dios, para manifestación de su justicia en el tiempo presente, a fin de mostrar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús" (Rom 3: 21-26).

Pablo ha encontrado al Dios misericordioso e indulgente. Aunque quizás se pueda decir que más bien lo inventó.

El Salvador, que Pablo necesitaba, es una extraña mezcla de ideas judías y griego-gnósticas, y su Cristo Redentor es "una reproducción artificial de una concepción del Redentor ya existente" (Hans-Martin Schenk). Del judaísmo tomó Pablo la idea de víctima vicaria. Es el proverbial "chivo expiatorio", sacrificado en la fiesta judía más alta por los pecados de la gente, que simboliza la expiación de la culpa de la gente y del sacerdote. Esta redención de la culpa mediante un sacrificio la transfiere Pablo a Jesús, el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo".

La diferencia con otras religiones es solo que en Pablo la promesa de la salvación no depende de las acciones de la persona ni de su vida pasada, porque no es el hombre sino Dios quien realmente ha hecho el sacrificio.

Si en otras religiones la salvación se obtenía mediante los intereses del ahorro, para Pablo la salvación se obtiene a base de un crédito. El Dios que tiene que sacrificarse para reconciliar a su criatura consigo mismo es una

"invención" de Pablo, explicable biográficamente por su búsqueda del Dios misericordioso. Esta reversión es históricamente crucial para la innovación. En esta inversión de la vida y la muerte del Rabí Jesús, Pablo expresó el sentir de la gente. Pablo suprimió al "Dios de los Padres" y realzó al Dios de la humanidad.» [Lehmann, 1985: 128 + 159 ss.]

Pablo adaptó el mensaje de Jesús a la cultura helenística imperante dentro del Imperio Romano, lo que facilitó su propagación fuera del ámbito cultural hebreo de donde procedía.

### **PABLO Y "EL AGUIJÓN EN LA CARNE" (2 KOR 12,1-11)**

En la Antigüedad, la epilepsia era considerada la "enfermedad sagrada" y ha estado asociada a fenómenos religiosos provocados por un aura o fulguración, que puede llevar a la pérdida de la vista y de la consciencia.

En la vieja Irlanda, parece que la epilepsia era conocida como "la enfermedad de San Pablo". Algunos psicólogos y psiquiatras han considerado epiléptico a Pablo de Tarso basándose en el análisis del pasaje en los *Hechos de los apóstoles* que describe la visión que Pablo tuvo camino de Damasco, una descripción que se parece mucho a la de un ataque de epilepsia: La visión de luces y audición de voces, el desvanecimiento, la caída y la pérdida de la vista durante varios días, la luz cegadora como un aura visual previa al ataque epiléptico, la caída del caballo tras la pérdida de la consciencia y la posterior conversión súbita. Pablo sabía de su enfermedad:

«Bien sabéis que a causa de una enfermedad corporal os anuncié el Evangelio por primera vez, y puestos a prueba por mi enfermedad, no me desdeñasteis ni me despreciasteis, antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús (Gálatas, 4,13-14)».

«Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este hombre fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir. De tales cosas me gloriaré, pero de mí mismo no he de gloriarme, si no es de mis flaquezas. Si quisiera gloriarme, no haría el loco, pues diría verdad. Me abstengo, no obstante, para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve y oye de mí, a causa de la alteza de mis revelaciones. Por lo cual, para que yo no me engría, fueme dada una espina en la carne, un emisario de Satanás, que me abofetea, para que no me engría. Por esto rogué tres veces al Señor que se retirase de mí, y Él me dijo: "Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder." Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo» (2 Corintios, 12, 2-9).

1. *Si es menester gloriarse, aunque no conviene, vendré a las visiones y revelaciones del Señor.*

2. *Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años — si en el cuerpo no lo sé, si fuera del cuerpo tampoco lo sé, Dios lo sabe — fue arrebatado hasta el tercer cielo;'*

3. *y sé que este hombre — si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe —*
4. *fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir.*
5. *De tales cosas me gloriaré, pero de mí mismo no he de gloriarme, si no es de mis flaquezas.*
6. *Si quisiera gloriarme, no haría el loco, pues diría verdad. Me abstengo, no obstante, para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve y oye de mí,*
7. *a causa de la alteza, de mis revelaciones. Por lo cual, para que yo no me engría, fue me dada una espina en la carne, un emisario de Satanás, que me abofetea, para que no me engría.*
8. *Por esto rogué tres veces al Señor que se retirase de mí,*
9. *y El me dijo: "Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder." Muy gustosamente, pues, continuaré gloriando me en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo.*
10. *Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte.'*
11. *He hecho el loco: vosotros me habéis obligado. Porque necesitaba ser estimado de vosotros, pues en nada fui inferior a esos preclaros apóstoles, aunque nada soy.*

### **¿CUÁL ERA EL "AGUIJÓN" DE PABLO EN LA CARNE?**

Se han ofrecido diferentes teorías sobre una posible enfermedad crónica de Pablo, desde la epilepsia hasta problemas en la vista.

En 2 Corintios 12:7-8 Pablo habla de "un aguijón en la carne ... que me abofetee":

*Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.*

El aguijón en la carne es una enfermedad que se podría manifestar en forma de convulsiones ("que me abofetee").

En Gálatas 4:13-14 Pablo habla de una enfermedad:

*Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.*

La enfermedad que afectaba a Pablo podría ser dolorosa ya que está designada con la palabra "aguijón" (del griego, "skólops").

Algunos autores han querido ver más bien una afección ocular, un problema de visión que le afectaba desde su caída del caballo camino de Damasco tras la que quedó ciego tres días, como refieren los *Hechos de los apóstoles* 9.

Esta hipótesis quedaría avalada en *Gálatas* 4:15:

*¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos.*

Aquí Pablo da a entender que tendría problema con la vista.

Con todo, el estado de salud física de Pablo de Tarso permanece desconocido.

## **LA LLAMADA DE PABLO COMO ILUMINACIÓN PERSONAL**

«La teología paulina se muestra como un pensamiento más novedoso de lo que vemos en el primer discurso que el evangelista Lucas pone en boca de Pedro en el día de Pentecostés (Hch 2), donde Lucas intenta resumir, en mi opinión, la “primerísima teología cristiana” del grupo de seguidores de Jesús en Jerusalén). Ahora bien, al haber sido Pablo el primero cronológicamente que presenta una teología compacta sobre Jesús –mejor: sobre su muerte y resurrección– me parece que es correcto concentrarse en su pensamiento para explicitar lo que me parece que ocurre acerca de la fusión de pensamiento griego y cristianismo primitivo.

Este fenómeno se da en esta teología paulina, porque Pablo es posterior al pensamiento de Pedro manifestado de algún modo en ese capítulo 2 de Hechos y porque su procedencia ideológica es diversa: su judaísmo, acendrado sin duda, ha crecido en un ambiente helénico, en una Tarso donde las artes, letras, filosofía y religión de los griegos eran muy pujantes a decir de Estrabón.

Para explicar esta fusión, voy a explicitar ahora algunos conceptos de la teología de Pablo de Tarso, superrevolucionaria para su tiempo, y que es la base principal del cristianismo de hoy.

Pablo, como Jesús de Nazaret, sólo se entiende bien si se le enmarca en la teología de la restauración de Israel. Parece que ello se deduce del conjunto de sus cartas, así como de la percepción de que Pablo estaba convencido de un final del mundo inmediato en el que se habría de salvar Israel, y de la necesidad de la incorporación de los gentiles al Israel completo y verdadero, quien había de afrontar el definitivo juicio de Dios.

Sabemos que el inicio del vigoroso pensamiento religioso paulino está marcado por el evento de su “llamada” (no hay “conversión” ninguna a una nueva religión; sólo hay el paso por parte de Pablo –a partir de un contexto muy judío, fariseo en especial– de la “secta”, o mejor “partido religioso”, de estos fariseos al partido de los “nazarenos”, el que profesaba la fe en Jesús como mesías.

Esta llamada es descrita tres veces en los Hechos de los apóstoles como una aparición divina en el camino de Damasco (9:1-19; 22:5-16; 26:12-18). En

ella no se dibuja ninguna "caída del caballo" –pura fantasía popular posterior–, sino una revelación/iluminación personal. Esta revelación es sólo la primera de muchas otras (por ejemplo hay una respecto al sentido de la Última Cena de Jesús en 1 Corintios 11:23; ino se trata de una tradición comunitaria!)

Así pues, la "llamada" tuvo que ver con algún tipo de trance extático y visionario (2 Corintios 12,1-4: "No conviene gloriarse, pero vendré a las visiones y revelaciones del Señor"). Pablo consideró siempre que él había sido agraciado con una especial revelación divina (Gál 1,11-12: "No recibí ni aprendí [mi evangelio o "buena nueva"] de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo"). Esta revelación lo equiparaba en cierto modo con los profetas de Israel, que basaban sus oráculos en revelaciones: Gál 1,15-16: "Dios me apartó –como a Isaías– desde el vientre de mi madre". Esta revelación lo hace tan apóstol como los que acompañaron a Jesús.

Pablo se siente muy orgulloso de ello y defiende su condición de apóstol a capa y espada (2 Cor 2,14-7,4). Pablo entiende por "apóstol" –es decir, a sí mismo– al "enviado", elegido por Dios para representar a Jesús, para predicar el Evangelio con autoridad absoluta y transmitir el mandato del Señor, porque está inspirado por él. Como apóstol, Pablo ha sido digno de la confianza de Dios y es un ejemplo a imitar por los cristianos.

Podemos afirmar que los rasgos esenciales del contenido de esa llamada, que se fue perfilando con el tiempo, fueron los siguientes:

1. A pesar de la cruz y el aparente fracaso, Jesús es el verdadero mesías. Tras su muerte, que ha de interpretarse como sacrificio expiatorio querido y aceptado por Dios, éste había hecho a Jesús señor y mesías.
2. Estos acontecimientos inauguran el tiempo mesiánico, preparatorio para la salvación final de la humanidad y para la instauración definitiva del poder de Dios sobre ella.
3. Hay un nuevo plan de Dios para la salvación; comienza una era de gracia; se va a cumplir la promesa a Abrahán. El mesías no es sólo el redentor de Israel tal como lo entiende la masa de los judíos, sino del Israel completo o restaurado.
4. El Israel restaurado –conforme a las predicciones de los profetas– acogerá en los últimos tiempos también en su seno a un cierto número de gentiles. Todo el "pueblo de Dios", judíos ante todo, pero también gentiles, está siendo reunido por Dios en aquellos momentos finales del mundo gracias a la obra de Jesús.
5. Los elegidos para formar el verdadero Israel de los últimos días, eran antes pecadores pero ahora han sido declarados justos por su fe en Jesús mesías y en lo sucedido con él: su muerte y resurrección. Es decir, su paso de "pecadores" a "justos" se logra en el tribunal de Dios cuando el ser humano acepta por un acto de fe el valor de salvación del sacrificio de la muerte –y resurrección consiguiente– de Jesús.
6. Los elegidos tenían que darse prisa para lograr dos objetivos del plan de Dios sobre los últimos tiempos:

- a) que todo Israel acepte el mesianismo de Jesús;
- b) que se complete cuanto antes el número de los gentiles predeterminado por la divinidad para integrar el verdadero pueblo de Dios.

7. Es preciso no perder el tiempo: el fin del mundo está muy cerca. El tiempo que resta es muy escaso. Pronto, muy pronto, habrá de venir Jesús como juez definitivo de vivos y muertos. En ese momento se instaurará la soberanía de Dios. Ello significará el final del mundo presente, y la inauguración de un reinado divino ultramundano y eterno.

Esta llamada puede entenderse como un "evangelio", una buena noticia de salvación. Este evangelio fue precisado y completado por Pablo durante años de maduración por medio de noticias y reflexiones sobre Jesús tanto propias como del grupo de cristianos que lo recibió tras su "conversión" en la comunidad de Damasco y sobre todo en la de Antioquía.

De Hechos 9,28-29 ("Y entraba y salía de Jerusalén. Y hablaba denodadamente en nombre del Señor y disputaba con los griegos") hay que deducir en limpio que Pablo puso en seguida manos a la obra tras su llamada y se lanzó con ardor a propagar intensamente su nueva visión de Jesús a cuyos seguidores hacía poco había perseguido con saña (Gál 1,13-14: "Yo perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba"). Pablo intentó en todo momento poner en práctica lo que creía el plan de Dios para los últimos tiempos». [[Antonio Piñero](#)]

## **EL PABLO POSTERIOR A SU "LLAMADA"**

«Pablo nunca llamó «conversión» a lo que había ocurrido en el camino de Damasco. Siempre lo denominó «llamada» (Gal 1,15, como la vocación de un profeta). Él seguía siendo judío, pero desde su visión del Jesús resucitado (1 Cor 15,8) su judaísmo se completaba con la confesión de que ese Jesús era el mesías no solo de sus compatriotas, sino el salvador del mundo, con todas sus consecuencias.

Este es el contenido central de su revelación (Gal 1,16), presuntamente recibida de Dios Padre. Para entender cómo Pablo comprende a Jesús y su mensaje es importante tener en cuenta que esa revelación es absolutamente personal, y que no la contrastó con ninguno de los dirigentes nazarenos del momento (Gal 1,17). Después de la llamada, sin pedir consejo a ningún ser humano, sin ni siquiera subir a Jerusalén donde estaban los apóstoles, se fue a Arabia (Gal 1,16-17), probablemente a alguna zona semidesértica, como lo habían hecho Juan Bautista y el historiador Flavio Josefo, en su período de formación religiosa. Su experiencia religiosa debió de tener lugar hacia el 33 e.c., si se sitúa la muerte de Jesús hacia el 30, es decir, unos tres años después de esta.

Pablo maduró su fe durante unos quince años, en los que solo una vez se acercó a Jerusalén (Gal 1,18-19). Los Hechos distinguen tres grandes bloques de viajes de Pablo que los estudiosos llaman por comodidad viajes misioneros, aunque Pablo mismo no habría sabido distinguirlos así. Aparte de lo que narra

Hechos sobre el primer viaje misionero (13,4-14,25, por Chipre y Asia Menor), poco o nada más sabemos de él a partir de la lectura de Gal hasta el denominado «concilio» de Jerusalén (Gal 2 y Hch 15), donde se trató la espinosa cuestión de si los conversos a la fe en Jesús desde el paganismo debían o no hacerse totalmente judíos, aceptando en concreto la circuncisión.

La tercera etapa de la vida de Pablo, ya como predicador autónomo que vivía su judaísmo en el Mesías (en estos momentos es anacrónico denominarlo «cristiano», pues aún no existía una religión nueva con ese nombre), fue la de los otros dos viajes misioneros, el segundo (Hch 15,34-18,22) y el tercero (Hch 18,23-21,16). Hay un cierto consenso en que entre el primer y segundo viaje tuvo lugar la mencionada reunión, donde Pablo consiguió que no fuera obligatoria la circuncisión para los gentiles conversos, es decir, la observación completa de la ley de Moisés por parte de estos.

En sus momentos de actividad misionera podemos imaginarnos a Pablo como un pobre predicador judío o como un filósofo itinerante —a los ojos de muchos paganos—, realizando frecuentes viajes, nada cómodos, con poco dinero, ejercitando de vez en cuando, por ejemplo, durante el tiempo en que estuvo en ciudades como Corinto o Efeso, su oficio de guarnicionero y llevando en general una vida muy dura y austera, tal como se refleja en sus cartas.

Su proclamación de Jesús tenía lugar en las sinagogas de las ciudades que visitaba y en las casas de particulares que lo acogían, algunas veces en las plazas o mercados públicos y ocasionalmente en algún local apropiado (Hch 19,9). Esta actividad predicadora era muy trabajosa, no solo con los judíos porque cuestionaba algunas partes de su fe tradicional y provocaba grandes tensiones, sino también con los paganos por lo asombroso que podía ser que un pobre semibárbaro, un judío andrajoso, predicara una fe que pretendía hacer temblar los cimientos religiosos tradicionales del Imperio. La revolución de Pablo consistió en que él presentó por primera vez un judaísmo renovado —tal como él lo entendía, el judeocristianismo, o judaísmo vivido según la ley del Mesías con participación de gentiles— como religión del mundo entero.» [Piñero, 2022: 88 ss]

## **MINISTERIO TEMPRANO DE PABLO – ANTIOQUÍA**

Pablo de Tarso comenzó su ministerio en Damasco y Arabia, perseguido por el etnarca Aretas IV, huyó a Jerusalén donde, según la *Epístola a los gálatas* (1, 18-19), visitó y conversó con Pedro y con Santiago. Según los *Hechos* (9, 26-28), fue Bernabé quien lo llevó ante los apóstoles. La estancia en Jerusalén fue breve: se habría visto obligado a huir de Jerusalén para escapar de los judíos de habla griega. Fue conducido a Cesarea Marítima y enviado a refugiarse en Tarso de Cilicia.

Bernabé acudió a Tarso y fue con Pablo a Antioquía, donde surgió por primera vez la denominación de «cristianos» para los discípulos de Jesús. Pablo habría pasado un año evangelizando allí, antes de ser enviado a Jerusalén con ayuda para aquellos que sufrían hambruna (Hechos 11,25-30). Antioquía se convertiría en el centro de los cristianos convertidos desde el paganismo.

## LOS TRES VIAJES MISIONEROS DE PABLO

Los *Hechos de los Apóstoles* relatan tres viajes misioneros de Pablo de Tarso. En el primero, parte de Antioquía y recorre Chipre y Asia menor. En el segundo visita Jerusalén y, de nuevo en Asia Menor, Galatia y Frigia para pasar luego a Macedonia, donde fundaría las Iglesias de Filipos y Tesalónica, y a Grecia, donde predicó en Corinto. En el tercer viaje, tras una corta estancia en Éfeso y Jerusalén, parte de Antioquía y recorre Asia Menor y Grecia, terminando en Tiro y en Jerusalén donde fue encarcelado por los judíos.

Tras su encarcelamiento, apela a emperador y es conducido a Roma, donde permanece dos años vigilado mientras vivía en compañía de los cristianos de la capital romana. Y aquí se interrumpe la narración de los *Hechos de los Apóstoles*.

A lo largo de su predicación, Pablo iba presentándose sucesivamente en las sinagogas de las diversas comunidades judaicas; pero esta presentación terminaba casi siempre en un fracaso. Pocos fueron los hebreos a los que logró convertir. Tuvo más éxito su predicación entre los gentiles y entre los que desconocían la religión monoteísta hebraica. Pablo recorrió algunas regiones apartadas del Asia Menor, donde creó centros cristianos. El éxito fue notable; pero también fueron numerosas las dificultades. En Listra escapó de la muerte sólo porque sus lapidadores creyeron erróneamente que ya había muerto.

Pablo residió algún tiempo en Antioquía (49-50 d. C.), desde donde marchó a Jerusalén para asistir al llamado "Concilio de los Apóstoles". Había que dilucidar la licitud de bautizar a los paganos (algunos judeo-cristianos se oponían aún a tal iniciativa), y, sobre todo, establecer o rechazar la obligatoriedad de los preceptos judíos para los conversos que procedían del paganismo. Pablo logró imponer la tesis de que los cristianos gentiles debían tener la misma consideración que los judíos. Defendió que la redención operada por Cristo dejaba sin validez la obligación de guardar la ley y las prácticas mosaicas.

El segundo viaje de Pablo (50-53) fue a las comunidades cristianas de Anatolia. Marchó después a Macedonia y Acaya. Visitó Atenas, donde pronunció allí el famoso discurso del Areópago, en el que combatió la filosofía estoica, con exiguo resultado. Durante su estancia en Corinto, inició su actividad como escritor, enviando la primera y segunda Epístola a los tesalonicenses, en las que ilustra a los fieles acerca de la parusía o segunda venida de Cristo y de la resurrección de la carne.

El tercer viaje (53-54-58) visitó las comunidades del Asia Menor y continuó también por Macedonia. Pero como centro principal escogió la gran ciudad de Éfeso, donde permaneció casi tres años. Desde Éfeso escribió la primera Epístola a los corintios, en la que se transparentan muy bien las dificultades encontradas por el cristianismo en un ambiente licencioso y frívolo como era el de la ciudad del Istmo. Desde Corinto envió Pablo la importante Epístola a los romanos, en la que trata a fondo la relación entre la fe y las obras respecto

a la salvación. Con ello pretendía preparar su próxima visita a la capital del imperio.

Pero habiéndose dirigido a Jerusalén para entregar una cuantiosa colecta a aquella pobre iglesia, fue encarcelado y enviado al procónsul romano Félix de Cesarea, donde pasó dos años bajo custodia militar. Los romanos decidieron embarcarlo, fuertemente custodiado, con destino a Roma, donde los tribunales de Nerón decidirían sobre él.

De los años 61 a 63, vivió Pablo en Roma, parte en prisión y parte en una especie de libertad condicional y vigilada, en una casa particular. En el transcurso de este primer cautiverio romano escribió por lo menos tres de sus cartas: la Epístola a los efesios, la Epístola a los colosenses y la Epístola a Filemón.

En Roma fue puesto en libertad, por no apreciar los tribunales consistencia en las acusaciones contra él. Pero a partir de este momento no conocemos datos precisos sobre él. Los *Hechos de los apóstoles* se interrumpen con la llegada de Pablo a Roma:

«Llegamos al segundo día a Pozzuoli, donde encontramos hermanos que nos rogaron permanecer con ellos siete días, y así nos dirigimos a Roma. De allí los hermanos que supieron de nosotros nos vinieron al encuentro. Cuando entramos en Roma permitieron a Pablo morar en casa particular, con un soldado que tenía el encargo de guardarle.

Al cabo de tres días, convocó Pablo a los primates de los judíos, y cuando estuvieron reunidos, les dijo: "Yo, hermanos, no he hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres patrias. Preso en Jerusalén, fui entregado a los romanos, los cuales, después de haberme interrogado, quisieron ponerme en libertad, por no haber en mí causa ninguna de muerte; mas oponiéndose a ello los judíos, me vi obligado a apelar al César, no para acusar de nada a mi pueblo. Por esto he querido veros y hablaros. Sólo por la esperanza de Israel llevo estas cadenas."

Ellos le contestaron: Nosotros ninguna carta hemos recibido de Judea acerca de ti, ni ha llegado ningún hermano que nos comunicase cosa alguna contra ti. Querríamos oír de ti lo que sientes, porque de esta secta sabemos que en todas partes se la contradice. Le señalaron día y vinieron a su casa muchos, a los cuales expuso la doctrina del reino de Dios, y desde la mañana hasta la noche los persuadía de la verdad de Jesús por la Ley de Moisés y por los Profetas. Unos creyeron lo que les decía, otros rehusaron creer. No habiendo acuerdo entre ellos, se separaron, y Pablo les dijo estas palabras: Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: "Vete a ese pueblo y diles: Con los oídos oiréis, pero no entenderéis; mirando miraréis, pero no veréis; porque se ha embotado el corazón de este." Sabed, pues, que esta salud de Dios ha sido ya comunicada a los gentiles y éstos oirán. Dicho esto, los judíos salieron, teniendo entre sí gran contienda. Dos años enteros permaneció en la casa que había alquilado, donde recibía a todos los que venían a él, predicando

el reino de Dios y enseñando con toda libertad y sin obstáculo lo tocante al Señor Jesucristo.» [Hechos 28,13-31]

Este es el último relato sobre las actividades de Pablo. Los *Hechos* concluyen su relato de la vida de este hombre, que durante más de treinta años anduvo infatigable de ciudad en ciudad por el vasto Imperio Romano para proclamar la gloria de un hombre al que solo había visto en una visión. Fue encarcelado varias veces porque los judíos desconfiaban de él, fue perseguido y azotado por las autoridades romanas, tuvo que huir en condiciones extremas.

En el año 66, Pablo fue nuevamente detenido por denuncia de un falso hermano. Desde Roma escribió la segunda Epístola a Timoteo, en la que expresa su único deseo: sufrir por Cristo y dar junto a Él su vida por la Iglesia. Encarcelado, vivió los últimos meses alimentado por esta fe. En circunstancias bastante oscuras, fue condenado a muerte; según la tradición, como era ciudadano romano, fue decapitado con la espada. Ello ocurrió probablemente en el año 67 d. C., no lejos de la carretera que conduce de Roma a Ostia.

### **PREDICACIÓN DE PABLO DE TARSO**

Pablo intentó explicar el cristianismo con nociones helenísticas alejadas de la tradición judaica, por una parte, y luego por otra hablaba como un judío estricto observante de la Ley, esto dificultó la comprensión de su mensaje. Algunas de sus afirmaciones fueron calificadas por los griegos como «tina dysnoēta», 'difíciles de entender'. Sus epístolas fueron escritos de ocasión, respuestas a situaciones concretas.

Sin embargo, sin haber pertenecido al círculo inicial de los Doce Apóstoles y habiendo tenido que enfrentarse a incomprendimientos y adversidades, se erigió en el artífice de la construcción y expansión del cristianismo en el Imperio romano, merced a su talento capacidad de convicción y su incansable predicación. Su pensamiento conformó el llamado cristianismo paulino, una de las cuatro corrientes básicas del cristianismo primitivo.

Se ha sido considerado por varios autores como el auténtico fundador del cristianismo; otros lo acusaron de ser el primer mixtificador de las enseñanzas de Jesucristo. Los documentos más antiguos del cristianismo son las cartas escritas por Pablo de Tarso en griego.

Tras la muerte de Jesús en la cruz y, sobre todo, después de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el 70 d.C., la esperanza de un salvador del pueblo judío y de la instauración del reino de Dios en la tierra se había desvanecido. Se esperaba el fin del mundo, que anunciaban las visiones apocalípticas, y la venida del Mesías.

«En esta situación de esperanzas frustradas, llega un hombre y formula exactamente lo que infunde nuevamente la esperanza. Explica exactamente lo que los seguidores de la secta no se pueden explicar: habla de la muerte del maestro. Ya no es posible alimentar la esperanza basada en la vida de Jesús porque está muerto. Por eso, su vida ya no le interesa. Pablo anuncia la idea del Mesías sufriente, una concepción completamente ajena al judaísmo, y habla del "siervo de Dios" mencionado en Isaías y lo aplica a

Jesús, quien "tomó nuestra culpa sobre sí mismo". Como con una lupa, Pablo realza una estación de vida, la muerte, y la interpreta como un acto de reconciliación de Dios, que beneficia a todos. [...]

"Su predicación", como la define una enciclopedia teológica, "no es una repetición de las palabras de Jesús, sino que lucha, en términos a menudo difíciles de entender, por una interpretación de la muerte y resurrección de Cristo." Así, elimina del rabino Jesús todo lo que tenía de judío: su Cristo ya no posee ninguna cualidad terrenal judía, queda convertido en el Redentor de toda la humanidad, o, como dice Lutero dialécticamente, en Dios y hombre al mismo tiempo.

Lo que el rabino Jesús nunca hizo y lo que rechazó, lo llevó a cabo Pablo: amplió la promesa de salvación de Dios a los gentiles, suprimió la ley de Moisés impidiendo el acceso directo a Dios al instituir un mediador. Pablo convierte al Mesías judío fracasado en Cristo vencedor; a Cristo muerto, en Cristo vivo; al Hijo del Hombre, en Hijo de Dios.

Todo lo que para un judío ortodoxo como Jesús hubiera sido un horror, lo convierte Pablo en un evangelio: el Mesías sufriente de la fe reemplaza al Mesías victorioso del pueblo judío; la ascensión de un ser humano al cielo, algo solo concebible en la mitología griega, reemplaza al "siervo de Dios" en la tierra, tal como Isaías entendió al Mesías.

Pablo proclama la idea, inimaginable para la religión judía, de que Dios-Yahveh no es el único dios. Habla de un Dios trino, una trinidad que es una. En busca de un "Dios misericordioso", rechaza la ley y, por lo tanto, su propio pasado farisaico, y uno casi podría conjeturar que todo lo que escribe y hace Pablo es solo para superar su pasado; que usa el caso del rabino Jesús solo para resolver el caso de Pablo. Porque él no está interesado en la vida y la enseñanza del rabino Jesús. No hace absolutamente ninguna mención de los pocos hechos que refieren los evangelios. Para él, esta muerte ejemplar del rabino Jesús es tan importante que acepta cualquier desapego de la fe y la realidad judías para encontrar la salvación en Cristo. Pablo ha encontrado la fe en "el Salvador" e intenta imponerla a toda la humanidad – aunque sea a costa de distanciarse de las enseñanzas del rabino Jesús.» [Lehmann, 1985: 107 ss.]

Según algunos autores, a Pablo se debe la neta separación entre el cristianismo y el judaísmo mediante una interpretación especial de la muerte y resurrección de Cristo, convertido en el Salvador universal. Esta nueva interpretación habría sido elaborada bajo la influencia de la filosofía griega, del sincretismo cultural, del gnosticismo o de las numerosas religiones místicas.

Pablo adaptó el mensaje de Jesús a la cultura helenística imperante en el Impero Romano, facilitando su propagación fuera del ámbito cultural hebreo de donde procedía. Sus epístolas constituyen una de las primeras interpretaciones de la muerte y resurrección de Jesús, convertido en Cristo Salvador, y contribuyeron de manera decisiva al desarrollo teológico del cristianismo, plasmando en conceptos griegos una doctrina de origen hebreo.

Ideas centrales de la doctrina de Pablo son: la idea del pecado original, de la que la humanidad queda redimida mediante la muerte salvífica de Cristo en la cruz; que Jesucristo era hijo de Dios, enviado por el Padre, y no solo un profeta; que Dios concibió desde la eternidad el designio de salvar a todos los hombres sin distinción de raza. Con el pecado original de Adán y Eva, los hombres heredaron un cuerpo corruptible, el pecado y la muerte; pero todos los hombres, en la nueva figura de Adán que es Cristo, serán regenerados y recibirán, en la resurrección, un cuerpo incorruptible y glorioso, y, en esta vida, la liberación del pecado, la victoria sobre la muerte amarga y la certeza de una futura vida feliz y una beatitud eterna.

También es debida a Pablo la doctrina cristiana el rechazo de la sexualidad y la subordinación de la mujer al hombre, ideas contrariamente contrarias a la predicación de Jesús de Nazaret, que siempre estuvo rodeado de mujeres, especialmente María Magdalena, y que había mostrado comprensión y había defendido incluso a la mujer adúltera.

Pablo dedicó toda su vida a derribar el muro que separaba a los gentiles de los judíos. En su esfuerzo por hacer universal el mensaje de Jesús, lo desligó de la tradición judía, insistiendo en que el cumplimiento de la ley de Moisés no es lo que salva al hombre de sus pecados, sino la fe en Cristo Salvador; en consecuencia, polemizó con otros apóstoles hasta liberar a los gentiles de las obligaciones rituales y alimenticias del judaísmo, incluida la circuncisión. La muerte y resurrección de Cristo significa la redención universal. Con su muerte en la cruz, Cristo estableció una nueva alianza que superaba y abolía la Ley mosaica. La Iglesia, formada por todos los cristianos, constituye la imagen del cuerpo de Cristo.

Idea central de la predicación de Pablo: Antes de la redención, el hombre estaba sumido en el pecado y cada vez más alejado de Dios. Con su muerte y resurrección, Cristo (o Mesías) ha vencido la muerte y expiado el pecado de toda la humanidad, el Cristo Salvador es garante del paso del pecado a la gracia y al perdón Solo se exige de cada persona la conversión o *metánoia* (μετάνοια): paso de la ignorancia sobre la obra de Cristo a la fe en su función salvadora, lo que significa el paso de la Ley de Moisés (Torá) a la ley de Cristo o a la Nueva Alianza (Nuevo Testamento), una nueva Iglesia (Ecclesia) o comunidad de creyentes.

Todos los autores coinciden en el carácter revolucionario del mensaje de Pablo de Tarso: "Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer" (Gál 3: 28), que constituye, para Ernst Bloch, "la primera Internacional de la igualdad".

## **CONCILIO DE JERUSALÉN**

Después de la primera misión paulina y durante la breve estadía del Apóstol en Antioquía, arribaron algunos judaizantes, cuya prédica señalaba la necesidad de la circuncisión para salvarse, por lo que desencadenaron un conflicto no menor con Pablo y Bernabé. La Iglesia de Antioquía envió a Pablo, Bernabé y algunos otros a Jerusalén para consultar a los apóstoles y ancianos.

En el Concilio de Jerusalén triunfó la postura de Pablo sobre no imponer el ritual judío de la circuncisión a los conversos gentiles. La decisión adoptada en el concilio implicó un avance en la liberación del cristianismo primitivo de sus raíces judías para abrirse al apostolado universal.

La cuestión resuelta allí parece haber sido puntual, pues Pablo denunciaría más tarde la inutilidad de las prácticas culturales propias del judaísmo, que incluían no solo la circuncisión (Gálatas 6: 12) sino además las observancias (Gálatas 4:10), para desembocar finalmente en la concepción de que no es el hombre el que logra su propia justificación como resultado de la observancia de la Ley divina, sino que es el sacrificio de Cristo el que lo justifica gratuitamente, es decir, que la salvación es un don gratuito de Dios (Romanos 3: 21-30).

## **PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA DE JERUSALÉN**

Conocemos las primeras comunidades cristianas por lo que relatan los *Hechos de los apóstoles*, que relata el comienzo del cristianismo en dos fases: la época de la iglesia de Jerusalén, formada por cristianos provenientes del judaísmo que continúan ligados al Templo y a las prácticas judías (Hch 1-5) y la época de las iglesias fuera de Israel, formadas por gentiles convertidos que no estaban obligados a practicar las normas religiosas judías (Hch 16-28). En la iglesia de Jerusalén la figura central es la de Pedro y su controversia con Pablo; en la segunda, la figura central, responsable de la predicación a los gentiles, es Pablo, defensor de un cristianismo para los no judíos (la ley de Cristo está por encima de la ley judía).

Es interesante el relato del concilio de Jerusalén (15: 1-35) en el que se llegó al compromiso de no exigir a los no judíos la circuncisión como condición para la conversión al cristianismo, como defendía Pablo. Se dividió la predicación del cristianismo: «Santiago, Cefas y Juan, los que eran tenidos como columnas, reconocieron la gracia a mí dada, y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a los circuncisos» (Gálatas, 2: 9). Pero en ninguna parte de los *Hechos* se dice que la comunidad de Jerusalén aprobara la tesis de Pablo, simplemente se le dejó hacer, pero se limitó su labor a predicar entre los gentiles. Pablo siguió siendo visto como un perturbador, pues en su tercer viaje a Jerusalén, al final de su vida, tiene que defenderse del reproche de haber abandonado la ley de Moisés y haber introducido helenistas en el Templo. Tras una revuelta, Pablo es detenido por las autoridades romanas y permanecerá en prisión dos años antes de ser llevado a Roma, donde, años más tarde, sería ejecutado.

«Lo que el ojo piadoso lee en los *Hechos de los apóstoles* no es la pura verdad acerca de Pablo. Dado que el libro fue escrito entre los años 90 y 100 d.C., unos cuarenta años después de la muerte de Pablo y más de veinte años después de la destrucción de Jerusalén, muchos juicios pueden haber cambiado a favor de Pablo. Pero ni la comunidad primitiva de Jerusalén ni ningún discípulo de Jesús podían corregir esta falta de veracidad. Al comienzo de la Guerra Judía, alrededor del año 66, habían

emigrado de Jerusalén y se habían mudado a Pella, territorio no judío. En ninguna parte del relato hay referencia a esta emigración. Ni una sola palabra sobre qué fue de aquellos que todavía vieron todo con sus propios ojos. Como si la destrucción de Jerusalén hubiera erradicado el cristianismo judío.

Sin embargo, sabemos por los informes de los Padres de la Iglesia que los descendientes de la comunidad de Jerusalén siguieron viviendo como "Ebionitas" hasta los siglos IV y V en la entonces región siria, y que los "discípulos de los apóstoles florecieron en su fe"». "Su conexión espiritual con la comunidad de Jerusalén está más allá de toda duda"(H.-J. Schoeps). Porque, así como los Esenios se llamaban a sí mismos "pobres de espíritu", Pablo llamaba también a la comunidad de Jerusalén "los pobres". La palabra hebrea para pobres (en plural) es "Ebionim", que también aparece en las Manuscritos de Qumrán.» [Lehmann, 1985: 180 s.]

Los ebionitas eran una o varias sectas judeocristianas que existieron durante el cristianismo primitivo. Veían a Jesús como el Mesías, pero mantenían una cristología "baja", es decir, afirmaban que Jesús era el Mesías pero rechazaban su preexistencia, esto es, que tuviera naturaleza divina y que su nacimiento hubiera sido virginal e insistían en la necesidad de seguir los ritos y leyes judías cumpliendo preceptos como la circuncisión, el sábado o las prohibiciones alimenticias. Los ebionitas reverenciaban a Santiago y rechazaban a Pablo de Tarso como un apóstata de la ley. Su nombre sugiere que otorgaban un especial valor a la pobreza voluntaria. Las últimas comunidades ebionitas podrían haber desaparecido alrededor del siglo V.

El autor de los *Hechos de los apóstoles* relata la historia de la primera comunidad cristiana de Jerusalén y la predicación de Pablo, con la consiguiente fundación de comunidades cristianas entre los gentiles, como una línea o plan de salvación sin solución de continuidad: entre la venida del Espíritu Santo en *Pentecostés* y la *Parusía* o advenimiento glorioso de Jesús al final de los tiempos. El tiempo entre la "efusión del Espíritu Santo" el día de Pentecostés y la parusía o segunda venida de Cristo a la Tierra es un tiempo de espera y preparación, es el tiempo para la labor evangelizadora de la Iglesia, para la conversión de los infieles.

Los *Hechos* comienzan con la venida del Espíritu Santo:

«Cuando llegó el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les movía a expresarse.» [Hechos, 2]

La parusía (del griego: παρουσία, 'presencia', 'llegada') es el acontecimiento esperado al final de la historia por los cristianos: la Segunda venida de Cristo a la Tierra. El horror de la desolación profetizado por Daniel (9: 27, 11: 31 y 12: 11) representa el signo último del final. La imagen del final contiene

antiguos rasgos proféticos. Todo culminará con la aparición del Hijo del Hombre en las nubes, envuelto en gloria y esplendor.

«Porque como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las columnas del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande. Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta y reunirá de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda. De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre. Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor. Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.» [Mateo, 24: 24-44]

Los judíos helenizados de Jerusalén, los llamados "helenistas", se habían asentado en Antioquía (hoy Turquía) y esperaban allí la anunciada parusía, la venida del Señor a la Tierra, la resurrección de entre los muertos y el Juicio Final. Con esta esperanza vivía también Pablo cuando escribía a los tesalonicenses en el año 50:

«No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los que duermen, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también a los que se durmieron en Jesús los llevará Dios con Él. Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron; pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.» [1 Tesalonicenses 4: 13-18]

Ya anteriormente, Juan Bautista había iniciado un movimiento religioso mesiánico que encendió una revuelta popular y llevó más tarde al cristianismo. El Bautista predicaba que el reino de los cielos y el día del juicio estaban cerca, y traerían la salvación para los buenos y la destrucción para los malos: "Arrepentíos, pues el reino de los cielos está próximo".

## **LA RELIGIÓN DE LOS POBRES**

Las primeras comunidades cristianas estaban compuestas casi exclusivamente por personas de rango social bajo. Para Jesús, eran pescadores pobres, publicanos socialmente proscritos, gente socialmente marginada y fanáticos políticos. También había algunos ricos, pero en general, en las comunidades cristianas la clase media amenazada tendría más tarde el mayor peso.

«Para comprender el significado psicológico de la fe de los primeros cristianos en Cristo, es necesario visualizar qué clase de gente prestó apoyo al cristianismo primitivo. Eran las masas de los pobres analfabetos, el proletariado de Jerusalén y los labradores del campo, quienes, a causa de la creciente opresión política y económica y del desprecio y la restricción sociales, sentían cada vez más la necesidad de cambiar las condiciones existentes. Ansiaban alcanzar una época feliz y albergaban odio y venganza para sus propios dirigentes y los romanos. [...] Al igual que Juan Bautista, la doctrina cristiana primitiva no se dirigió a los educados y poseedores de propiedades, sino a los pobres, los oprimidos y los sufrientes.

La proclamación del que el reino de los cielos estaba cerca (Mateo, 10: 7) fue el germen de la predicación más antigua. Fue el que despertó una esperanza entusiasta en las masas sufrientes. La sensación de la gente era que todo se estaba acercando a un fin. Creían que ya no habría tiempo para difundir el cristianismo entre todos los paganos antes que llegara la nueva era. Si la sociedad judía de la época se distinguía por un extremo espíritu de casta que se notaba en todas las relaciones sociales, la comunidad cristiana primitiva era una hermandad libre de los pobres, despreocupada de instituciones y fórmulas. "Dado el hecho de que los primeros cristianos se sentían como peregrinos y extraños sobre la tierra, ¿qué necesidad había de contar con instituciones permanentes?" (H. von Schubert).

¿Qué pensaban los primeros cristianos en lo referente a Jesús y su relación con el Dios Padre? "Dios ha hecho Señor y Cristo a este mismo Jesús" (Hechos, 2: 36). Es esta la doctrina de Cristo más antigua que tenemos. Se la denomina la teoría "adopcionista", pues se supone aquí un acto de adopción. La idea aquí presente es que Jesús no era Mesías desde el comienzo; no era desde el comienzo Hijo de Dios, sino que adquirió tal carácter solo por un acto de voluntad de Dios. Se trataba de un hombre elegido por Dios y elevado por él a "Mesías" y más tarde a "Hijo de Dios". Lo que distingue a este Mesías ya no es el héroe poderoso y victorioso, sino que su importancia y dignidad residen en su padecimiento, en su muerte en la cruz. La idea de un Mesías agonizante o hasta de un dios agonizante no era enteramente nueva en la conciencia popular. El capítulo 53 del libro de Isaías habla de este sufriente siervo de Dios. El cuarto libro de Esdras menciona también un Mesías agonizante, aunque muere luego de cuatrocientos años y después de su victoria. La idea de un Dios agonizante puede haberse hecho familiar para la gente a partir de una fuente enteramente distinta, a saber, los cultos y mitos del Cercano Oriente (Osiris, Atis y Adonis). Posiblemente hubo también tradiciones judías esotéricas de un dios agonizante o de un Mesías agonizante. [...]

La creencia de que un hombre es elevado al rango de un dios era una expresión del impulso inconsciente de hostilidad hacia el padre, que estaba presente en estas masas. Presentaba la posibilidad de una identificación y la correspondiente expectativa de que pronto comenzaría la nueva era en la que los sufrientes y oprimidos serían los dirigentes y pasarían por lo tanto a ser felices. Dado que uno podía, y lo hacía, identificarse con Jesús, pues

era el hombre sufriente, se ofrecía la posibilidad de una organización comunitaria sin autoridades, estatutos ni burocracia, unida por la identificación común con Jesús sufriente elevado a la dignidad de un Dios. Ello explica por qué en un tiempo extraordinariamente rápido se convirtió el cristianismo en la religión de las masas paganas oprimidas (aunque pronto no lo fue exclusivamente de ellas).» [Fromm, 1976: 42 ss.]

## CONTROVERSA EN ANTIOQUÍA

Tras el concilio de Jerusalén, Pablo y Bernabé retornaron a Antioquía donde tendría lugar una disputa de importancia. Según Gálatas 2: 12-14, habiendo Simón Pedro comido con los gentiles, abandonó esta práctica ante la llegada de hombres de Santiago que presentaron objeciones a esa praxis.

Pablo reprende a Pedro en Antioquía (Gálatas 2: 12-14):

11. *Pero cuando Cefas fue a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprehensible;*

12. *pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles; pero en cuanto aquéllos llegaron, se retraía y apartaba, por miedo a los de la circuncisión.*

13. *Y consintieron con él en la misma simulación los otros judíos, tanto, que hasta Bernabé se dejó arrastrar a su simulación.*

14. *Pero cuando yo vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?*

15. *Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores procedentes de la gentilidad;*

16. *y sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído también en Cristo Jesús, esperando ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, pues "por las obras de la Ley nadie se justifica."*

17. *Mas si, buscando ser justificados por Cristo, somos aún tenidos por pecadores, ¿será que Cristo es ministro de pecado? De ninguna manera.*

18. *Porque si vuelvo a edificar lo que había destruido, a mí mismo me doy por transgresor.*

19. *En efecto, yo por la Ley he muerto a la Ley, por vivir para Dios; estoy crucificado con Cristo,*

20. *y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.*

21. *No desecho el don de Dios; pues si por la Ley se obtiene la justicia, en vano murió Cristo.*

Pablo reconocía la posición de Pedro, pero le advirtió que estaba violando sus propios principios y que no caminaba rectamente de acuerdo con la verdad

del Evangelio. No se trataba, pues, de una mera diferencia de opinión. Según Bornkamm, Pablo veía en la actitud de Pedro una recaída en el legalismo, que volvía la espalda al evangelio y a lo acordado anteriormente en Jerusalén, minimizando la importancia de la fe en Cristo como superior a la ley.

El conflicto tuvo consecuencias. Según la Epístola a los gálatas, Bernabé también tomó posición a favor de los hombres de Santiago, y esta podría ser una razón adicional de la separación de Pablo y Bernabé, y de la salida de Pablo de Antioquía en compañía de Silas.

Se sabe por la *Epístola a los romanos* 15 que Pablo veía con cierta preocupación su retorno a Jerusalén, tanto por la posibilidad de ser perseguido por los judíos como por la reacción que pudiera tener la comunidad de Jerusalén hacia su persona y hacia la colecta realizada por las comunidades que él había fundado. Llamativamente, los *Hechos de los Apóstoles* no comentan la entrega de la colecta, lo que podría ser indicio de un final conflictivo en el cual Pablo no alcanzó a disolver los recelos que aún perduraban en la comunidad de Jerusalén respecto de su predicación.

### **LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS – PEDRO VS PABLO**

Después de la primera misión paulina y durante la breve estancia de Pablo en Antioquía, algunos judaizantes estaban predicando la necesidad de la circuncisión para salvarse. Esto desencadenó un conflicto con Pablo y su acompañante Bernabé. Para resolver el problema, la Iglesia de Antioquía envió a Pablo, Bernabé y algunos otros a Jerusalén para consultar a los apóstoles y ancianos.

En el Concilio de Jerusalén (50 d. C.), Pablo denuncia la inutilidad de las prácticas culturales propias del judaísmo, que incluían no solo la circuncisión (Gálatas 6: 12) sino además las observancias (Gálatas 4:10). En el Concilio se impuso la opinión de Pablo de que los gentiles convertidos al cristianismo no estaban obligados a mantener la mayor parte de la Ley de Moisés, incluyendo las normas relativas a la circuncisión. Las descripciones del concilio se encuentran en *Hechos de los Apóstoles* capítulo 15 y posiblemente también en la carta de Pablo a los *Gálatas* capítulo 2. La nueva concepción de Pablo es que no es el hombre el que *logra su propia justificación* como resultado de la observancia de la Ley divina, sino que es el sacrificio de Cristo el que lo justifica gratuitamente, es decir, que la salvación es un don gratuito de Dios (Romanos 3: 21-30).

Tras el concilio de Jerusalén, Pablo y Bernabé vuelven a Antioquía donde tendría lugar otra disputa. Según Gálatas (2: 11-21):

«Pero cuando Cefas fue a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprehensible; pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles, pero en cuanto aquellos llegaron, se retraía y apartaba, por miedo a los de la circuncisión. Y consintieron con él en la misma simulación los otros judíos, tanto, que hasta Bernabé se dejó arrastrar a su simulación. Pero cuando yo vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo

judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores procedentes de la gentilidad, y sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído también en Cristo Jesús, esperando ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, pues por las obras de la Ley nadie se justifica. En efecto, yo por la Ley he muerto a la Ley, por vivir para Dios; estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No desecho el don de Dios; pues si por la Ley se obtiene la justicia, en vano murió Cristo.»

Para Pablo la actitud de Pedro significaba una recaída en el legalismo, que volvía la espalda al evangelio y a lo acordado anteriormente en Jerusalén, minimizando la importancia de la fe en Cristo como superior a la ley. El conflicto tuvo consecuencias. Según la Epístola a los gálatas, Bernabé también tomó posición a favor de los hombres de Santiago y parece que se separó de Pablo, pues Pablo sale de Antioquía en compañía de Silas y no de Bernabé.

En su segundo viaje, Pablo elige la ciudad clave en Asia que era Éfeso. Desde allí intentaría fundar iglesias en las regiones periféricas. En su primer viaje, Pablo fundó iglesias al este de Éfeso y en su segundo viaje, estableció iglesias al oeste. En su tercer viaje a Éfeso, Pablo tiene que enviar cartas a diferentes comunidades para resolver conflictos y fortalecer a los fieles que estaban expuestos a los ataques tanto de judíos como de gentiles. La ciudad de Éfeso era el mayor desafío que había tenido hasta entonces, era donde se cristalizaba la adoración pagana en una de las siete maravillas del mundo antiguo: el templo a la diosa Diana.

En la 1 Corintios (15: 31-37), Pablo cuenta estas dificultades: «Cada día muero; os lo juro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en Jesucristo nuestro Señor. Si por solos motivos humanos luché con las fieras en Éfeso, ¿qué me aproveché? Si los muertos no resucitan, “comamos y bebamos, que mañana moriremos.” No os engaños: las conversaciones malas estragan las buenas costumbres. Volved, como es justo, a la cordura y no pequéis, porque algunos viven en la ignorancia de Dios. Para vuestra confusión os lo digo. Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no nace si no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de nacer, sino un simple grano.»

Las dificultades que Pablo habría padecido en Éfeso sugieren que el Apóstol podría haber sufrido prisión allí. Luego de su estancia en Éfeso, Pablo marchó a Corinto, en la que probablemente sería su tercera visita a aquella ciudad. En aquella época Pablo escribió la que fue la última carta de su autoría que se conserva: la *Epístola a los romanos* (55-58 d.C.), considerada el “testamento de Pablo”. Pablo habla de su proyecto de visitar Roma, y desde allí marchar a Hispania y el Occidente.

Pero antes, Pablo realiza una colecta entre las iglesias gentiles para ayudar a la pobre comunidad de Jerusalén. Pablo llega a Jerusalén para entregar la

colecta a aquella comunidad, pero recelaba tanto de los judíos como de la reacción que pudiera tener la comunidad de Jerusalén hacia su persona. Los *Hechos* no comentan la entrega de la colecta a la comunidad de Jerusalén, lo que podría indicar que se encontró con el rechazo de esta comunidad a su predicación.

«Llegados a Jerusalén, fuimos recibidos por los hermanos con alegría. Al día siguiente, Pablo, acompañado de nosotros, visitó a Santiago, reuniéndose allí todos los presbíteros. Después de saludarlos, contó una por una las cosas que Dios había obrado entre los gentiles por su mano. Ellos, oyéndole, glorificaban a Dios, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de creyentes hay entre los judíos, y que todos son celadores de la Ley. Pero han oído de ti que enseñas a los judíos de la dispersión que hay que renunciar a Moisés y les dices que no circunciden a sus hijos ni sigan costumbres mosaicas. ¿Qué hacer, pues? Seguro que sabrán que has llegado. [...] Cuando estaban para acabarse los siete días, judíos de Asia, que le vieron en el templo, alborotaron a la muchedumbre y pusieron las manos sobre él, gritando: "Israelitas, ayudadnos; éste es el hombre que por todas partes anda enseñando a todos contra el pueblo, contra la Ley y contra este lugar, y como si fuera poco, ha introducido a los gentiles en el templo y ha profanado este lugar santo." Era que habían visto con él en la ciudad a Trófimo, efesio, y creyeron que Pablo le había introducido en el templo. Toda la ciudad se conmovió y se agolpó en el templo, y tomando a Pablo, le arrastraron fuera de él, cerrando enseguida las puertas. Mientras trataban de matarle, llegó noticia al tribuno de la cohorte de que toda Jerusalén estaba amotinada; y tomando al instante los soldados y los centuriones, corrió hacia ellos. En cuanto vieron al tribuno y a los soldados, cesaron de golpear a Pablo. Acercóse entonces el tribuno, y cogiéndole, ordenó que le echasen dos cadenas y le preguntó quién era y qué había hecho. Los de la turba decían cada uno una cosa, y no pudiendo sacar nada en claro a causa del alboroto, ordenó llevarle al cuartel. Al llegar a las escaleras, en vista de la violencia de la multitud, Pablo fue llevado por los soldados, pues la muchedumbre seguía gritando: ¡Quítalo!» [Hechos, 21: 17-36]

Conducido ante el Sanedrín, Pablo se defendió y terminó por suscitar una disputa entre los fariseos y los saduceos, ya que éstos últimos no creían en la resurrección mientras que los fariseos sí. Seguidamente, los judíos se habrían confabulado para matar a Pablo, pero el tribuno lo envió al procurador de la provincia de Judea, que residía en Cesarea Marítima, ante quien volvió a defenderse. El procurador postergó el juicio y dejó a Pablo en prisión durante dos años. El caso fue revisado solo después de la llegada del siguiente procurador, Porcio Festo. Por haber apelado al César, Pablo fue enviado a Roma.

La cautividad de Pablo en Roma, considerada un hecho fidedigno, habría tenido una duración de dos años, tiempo en que el Apóstol no vivió encarcelado sino en custodia lo que, sin embargo, acotó sus libertades. Al final fue decapitado bajo el gobierno de Nerón.

## ARRESTO Y MUERTE DE PABLO

La última etapa de la vida de Pablo, que abarca desde su apresamiento en Jerusalén hasta su presencia en Roma, tiene como fuente fundamental el relato de *Hechos de los Apóstoles* 21: 27-28, 31, aunque el autor de *Hechos* no trata el deceso del Apóstol.

Santiago aconsejó a Pablo que su comportamiento durante su estadía en Jerusalén fuera el de un judío piadoso y practicante, y Pablo aceptó. Cuando el período ritual de setenta días estaba por cumplirse, algunos judíos procedentes de la provincia de Asia vieron a Pablo en los recintos del Templo y le acusaron de patrocinar una violación de la Ley y de haber profanado la santidad del Templo introduciendo en él a unos griegos. Intentaron matarlo en una revuelta, de la que fue sustraído mediante el arresto por parte del tribuno de la cohorte romana con asiento en la Fortaleza Antonia.

Conducido ante el Sanedrín, Pablo se defendió y terminó por suscitar una disputa entre los fariseos y los saduceos, ya que éstos últimos no creían en la resurrección mientras que los fariseos sí. Seguidamente, los judíos se habrían confabulado para matar a Pablo, pero el tribuno lo envió al procurador de la provincia de Judea, que residía en Cesarea Marítima, ante quien volvió a defenderse. El procurador postergó el juicio y dejó a Pablo en prisión durante dos años. El caso fue revisado solo después de la llegada del siguiente procurador, Porcio Festo. Por haber apelado al César, Pablo fue enviado a Roma.

El libro de los *Hechos de los Apóstoles* otorgó a la llegada de Pablo a Roma una importancia adicional al mero carácter histórico: para él significaba el cumplimiento de lo que consideraba ya previsto por Jesús en el comienzo del mismo libro respecto de que el Evangelio sería llevado a todas las naciones. La cautividad de Pablo en Roma, considerada un hecho fidedigno, habría tenido una duración de dos años, tiempo en que el Apóstol no vivió encarcelado sino en custodia lo que, sin embargo, acotó sus libertades.

Tanto la tradición eclesiástica como los análisis historiográficos y exegéticos coinciden en señalar que la muerte de Pablo acaeció en Roma bajo el gobierno de Nerón, y que tuvo un carácter violento.

«Nada sabemos con seguridad acerca de su muerte. Según una tradición — no segura— que parte de los Hechos de Pablo, apócrifos (compuestos antes del 180 e.c.), tuvo lugar en la capital del Imperio bajo el reinado de Nerón, durante la persecución a los seguidores de Jesús de la Urbe hacia el 64. La relación de la muerte de Pablo con la supuesta persecución de este emperador carece de todo fundamento. Por otro lado, la muerte de Pablo, en caso de haberse producido en Roma y a manos del poder romano, parece no haber tenido nada que ver con su carácter nazareno o con su predicación, sino con la acusación de haber causado un tumulto en Jerusalén.» [Piñero, 2022: 90]

## PAPEL DE LAS MUJERES

Un versículo en la Primera Epístola a Timoteo, tradicionalmente atribuido a Pablo, muchas veces es utilizado como mayor fuente de autoridad en la Biblia para que las mujeres sean vedadas al sacramento del orden, además de otras posiciones de liderazgo y ministerio en el cristianismo.

La Epístola a Timoteo (1 Timoteo 2: 11-14) es también muchas veces utilizada por muchas iglesias para negarles el voto en asuntos eclesiásticos y posiciones de enseñanza para público adulto y también el permiso para el trabajo misionero.

*11 Que la mujer aprenda en silencio y con toda sujeción;*

*12 pues no permito que la mujer enseñe ni ejerza dominio sobre el hombre, sino que guarde silencio.*

*13 Porque primero fue formado Adán, y después Eva.*

*14 y el engañado no fue Adán, sino que la mujer, al ser engañada, incurrió en transgresión;*

Este pasaje parece estar diciendo que las mujeres no deben tener en la iglesia ningún papel de liderazgo frente a los hombres. Cualquier interpretación de esta parte de las Escrituras tiene que confrontarse con las dificultades teológicas, contextuales, sintácticas y léxicas de estas pocas palabras.

El teólogo JR Daniel Kirk apunta a estudios recientes que llevaron a algunos a concluir que el paso que obliga a las mujeres a "quedarse calladas en las iglesias", en 1 Corintios 14, fue una adición posterior, aparentemente por un autor diferente y no era parte de la carta original de Pablo a la iglesia de Corinto.

Otros, como Giancarlo Biguzzi, alegan que la restricción de Pablo sobre las mujeres en Corintios es genuina, pero se aplica al caso particular de prohibirlas de hacer preguntas o de conversar, y no una prohibición generalizada contra las mujeres hablar.

## **PABLO Y EL ESQUEMA "AMO <> ESCLAVO"**

La palabra "obediencia" no aparece en el vocabulario de Jesús, los Evangelios no la mencionan una sola vez. Por el contrario, en Pablo aparece 15 veces. Jesús no conoce la palabra sumisión. El ciudadano romano Pablo recomienda a las comunidades: "Todos estáis sometidos a las autoridades superiores". Pablo amonesta a los esclavos a obedecer 250 veces, pero a los señores solo 46 veces.

«Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas, de suerte que quien resiste a la autoridad resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, porque es ministro de Dios para el bien. Pero si haces el mal, teme, que no

en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra el mal.

Por eso es preciso someterse, no sólo por temor del castigo, sino por conciencia. Pagadles, pues, los tributos, que son ministros de Dios constantemente ocupados en eso. Pagad a todos lo que debáis, a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor. No estéis en deuda con nadie, si no es en la del amor mutuo; porque quien ama al prójimo ha cumplido la Ley. Pues aquello de "no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás" y cualquier otro precepto, en esta sentencia se resume: "Amarás al prójimo como a ti mismo." La caridad no obra el mal del prójimo. Es, pues, la caridad la plenitud de la Ley.» [Rom, 13: 1-10]

En el mundo de Jesús, se esperaban cambios, derrocamiento, liberación del dominio romano. Pablo deja las condiciones sociales tal como están, pero las recoge dialécticamente en un sentido místico y figurativo. Él no condena a los ricos, pero no destaca a los pobres. Su doctrina no está influenciada por el Sermón de la Montaña de Jesús, no pide el arrepentimiento, sino la obediencia al Señor. En los Evangelios, la palabra "Señor" aparece solo una docena de veces, pero se habla 150 veces de Dios como Padre, donde Dios no es el severo soberano, sino el confidente. Es un padre protector. Cuando Jesús se dirige a Dios le llama "Abba", 'Padre', que en arameo, imitando el lenguaje infantil, significa 'papá' o, más bien, 'papi'.

«Si para Lutero Dios era un padre duro e injustamente punitivo, y si el fariseo Pablo sufría por sentirse incapaz de cumplir todos los mandatos de la ley divina, Jesús tenía una positiva e inquebrantable relación con Dios por encima de todas las barreras.

Jesús no hacía distinción alguna entre señor y siervo. A diferencia de Pablo, Jesús nunca se refirió a sí mismo como un "siervo", según los relatos de los Evangelios. El suyo es un mundo de confianza y no de obediencia, un mundo que no existía entonces. Pero estaba el mundo del "siervo Pablo" que "sirvió" a su "Señor" Cristo, porque la sociedad de entonces se dividía entre el señor y el siervo. Pablo solo nombra a su Dios cuatro veces en sus cartas. Siempre usa la imagen del señor y el siervo, del señor, que tiene misericordia con el siervo, ya sea Dios o Cristo este señor. Pablo enmarca su nueva doctrina en las coordenadas de amo y esclavo, propias de su tiempo, aunque, curiosamente, da un paso más: ya no llama a Dios "Señor" ("Kyrios") –para esto usa la palabra griega para Dios: "Theos", con la cual también evita el nombre de "Yahweh"–, sino que el "Resucitado", el "Christos", el Crucificado es el Señor, el Sufriente es el vencedor.

Además de la identificación con el Salvador, Pablo proporcionó una identificación con el orden social existente. Su teología encajaba perfectamente con el tiempo, cuyas estructuras son aceptadas. No es de sorprender que una doctrina así, que ayudaba a estabilizar las relaciones de poder existentes, fuera la más adecuada para convertirse en la religión del Estado. Y quizás esta es una explicación de por qué la religión de la

gente pobre en tan poco tiempo pasó de los siervos a los amos. La secta de los perseguidos de las catacumbas se convirtió en la religión del Estado, reemplazando a todos los otros cultos y religiones.

En el pensamiento jerárquico de la época, esta idea debe haber tenido un efecto revolucionario: el siervo es el elegido, no el Señor; el que ha sufrido redime al mundo, no el vencedor. El creyente podía identificarse con tal destino, era el suyo.

Pablo no predicó un evangelio para los pobres, sino para los no reconocidos. El destino de Jesús crucificado era el suyo: los marginados de la sociedad, se sentían valorados por Jesús. Si el mundo no los reconocía, Dios sí. Jesús mismo lo dijo: "los últimos serán los primeros". Los pobres y los oprimidos serán los señores, razón suficiente para que aceptaran la predicación cristiana.» [Lehmann, 1985: 188 ss.]

## ESCRITOS DE PABLO

El corpus paulino dentro del Nuevo Testamento consta de catorce cartas. Pero la crítica actual reconoce que solo siete (*1 Tesalonicenses, Gálatas, 1 2 Corintios, Filipenses, Filemón y Romanos*) son auténticas. El resto fue escrito por discípulos de Pablo que pudieron tales cartas bajo el amparo de su nombre. Estas epístolas son, junto con el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, las fuentes primarias independientes para establecer una cronología de su actividad y una semblanza de su personalidad.

Unas 39 páginas son inteligibles, pero hay unas diez que o bien son ininteligibles en el fondo o están en total contradicción con lo que el autor ha informado/escrito en otros pasajes.

Estos pasajes paulinos "imposibles" se refieren prácticamente todos a la comprensión de la ley de Moisés por parte de Pablo y su aplicación a los paganos conversos al mesías de Israel. En absoluto afectan a la naturaleza del mesías Jesús por parte del Apóstol, aunque aún hoy día no se pueda precisar sus líneas de interpretación al ciento por ciento. Pero hay una cosa cierta: Pablo jamás fue perseguido por los judíos a causa de su cristología (doctrina de Jesús como cristo o mesías), sino por sus interpretaciones de la Ley y la aplicación de ésta a los gentiles/paganos conversos a la fe en Jesús. Y ahí radica sin duda el meollo de la cuestión.

«No es extraño que la producción escrita de Pablo —y de gran parte del cristianismo primitivo— sea del género epistolar (21 cartas de un total de veintisiete escritos del Nuevo Testamento). Los primeros creyentes judeocristianos estaban tan convencidos de la pronta venida de Jesús como mesías desde los cielos (la denominada «parusía», el fin del mundo presente), que normalmente no se sentirían tentados a redactar otra cosa que escritos de circunstancias. Una carta servía de presentación de los misioneros itinerantes, de respuesta a las preguntas de las nuevas comunidades, de arreglo de malentendidos o diferencias de orden teológico, y de exhortación a mantenerse en la nueva fe.

El Apóstol dictaba sus cartas (Rm 16,22). Esto no quiere decir que manifestara en voz alta las ideas generales del contenido y que luego uno o más secretarios le dieran forma (o bien sus corremitentes), sino que se trataba de un dictado palabra por palabra. Ello explica el estilo familiar de sus cartas, su similitud de vocabulario y de sintaxis, la fortaleza y vigor de sus expresiones, como si estuviera hablando o discursando, las interrupciones, las frases sin acabar o no redondeadas por completo, la mezcla de temas, ciertas oscuridades de expresión; en suma, una línea de pensamiento no tan clara a veces como desearíamos.

Las cartas de Pablo no son «epístolas» o tratados doctrinales, sino auténticas «cartas», misivas personales, llenas de afecto o de reproches, incluidas Romanos y Gálatas, aunque estas tienen mucho de tratado expositivo. Sus escritos eran un medio de prolongar su acción apostólica, pues en ellas anima, corrige y enseña. Sus cartas iban remitidas no a individuos, sino a comunidades (incluso la Carta a Filemón va dirigida a una comunidad doméstica), y estaban pensadas para ser leídas en público, normalmente cuando el grupo se reunía en la celebración de la eucaristía. Aunque de tono personal, Pablo piensa que sus cartas son documentos de un apóstol de Dios, dotados de autoridad, y que asientan o sustentan una doctrina judeocristiana que debe ser mantenida en adelante. En muchas ocasiones se hacían copias de las cartas de Pablo.

La costumbre paulina de escribir cartas «apostólicas» ejerció gran influencia en el cristianismo primitivo; debió de cundir el ejemplo cuando se hizo costumbre el intercambio de cartas de Pablo y se hicieron copias de ellas. El resto del Nuevo Testamento es muestra de ello, pues un buen número de las cartas que en él se contienen fueron compuestas por discípulos de Pablo o por otros que las atribuyeron a apóstoles (Pedro, Jacobo, Judas), muy probablemente a imitación de la correspondencia auténtica de Pablo y guiados por su éxito. Hasta la Revelación de Juan está redactada en forma de carta («Juan a las siete iglesias de Asia, gracia y paz a vosotros»: 1,4), y contiene siete breves misivas a siete ciudades de la región con importantes núcleos cristianos.

Las cartas de Pablo pertenecen al «segundo» y «tercer» viaje misionero de Pablo, es decir, a la época de su madurez. De los años anteriores (unos quince o diecisiete años) nada se ha conservado.» [Piñero, 2022: 91 ss]

## **HABÍA AL PRINCIPIO MUCHOS CRISTIANISMOS**

«El siglo XX nos ha proporcionado, y enriquecido con, nuevos textos: los *Manuscritos del Mar Muerto* y los *códices de Nag Hammadi*. Estos descubrimientos han obligado a replantearse algunas ideas de la investigación que se consideraban muy bien adquiridas, por ejemplo cómo entender la aparición del judeocristianismo dentro de una matriz judía que era mucho más compleja y pluriforme de lo que habíamos pensado; o bien cómo el cristianismo en sus comienzos era también mucho más plural que incluso lo que nos indica el estudio del Nuevo Testamento. Si este corpus de escritos ha

podido ser definido como "un cajón de sastre" de perspectivas teológicas muy diversas..., esta definición se ha quedado corta porque el cristianismo primitivo era mucho más variado aún: había al principio muchos cristianismos de los cuales ha quedado prácticamente uno, el paulino.

Según Dunn, Pablo es el primero y más influyente de todos los teólogos cristianos "en virtud de la inclusión de sus cartas en el canon del Nuevo Testamento" (p. 23). Me pregunto si la perspectiva no debería ser un poco diferente: el canon neotestamentario fue producido por una iglesia (denominada por muchos la "Gran Iglesia" porque formaba el grupo más compacto entre otros) que era fundamentalmente paulina.

Es decir, Pablo no es importante porque sus cartas fueron incluidas en el canon, sino el canon se generó porque Pablo era ya muy importante para la teología específicamente cristiana, y se necesitaba dar cuerpo y mayor entidad a lo que era la visión paulina de Jesús por medio de la formación de una lista de libros sagrados que sustentaran desde otras posiciones relativamente diversas esa interpretación paulina del Maestro Jesús. Esta noción hace justicia el hecho evidente y obvio (pero olvidado en la práctica por el modo de editar el Nuevo Testamento) de que cronológicamente primero fueron las cartas de Pablo, y luego –tras un breve pero intenso período de maduración– se generaron los Evangelios.

Intentaré explicarme: el Nuevo Testamento es en conjunto y con ciertas aristas la concretización del triunfo de la interpretación paulina de Jesús. En efecto,

- Sólo son admitidos cuatro evangelios (hay unos 70 más, como sabemos por la publicación de "Todos los evangelios" que hemos comentado ya en este blog; en la época de cristalización del canon debían de circular por lo menos diez más: varios judeocristianos; algunos "ortodoxos"; otros de talante gnóstico) y los cuatro interpretan a Jesús, su muerte y su redención siguiendo pautas paulinas.

- De entre todos los "apóstoles" sólo se han conservado cartas de Pablo; de ningún otro más, a pesar de las apariencias. Las demás cartas, que en el Nuevo Testamento llevan los nombres de Pedro (2), Juan (3), de Santiago y Judas (1) son "pseudónimas", es decir, no salieron de la pluma de los "autores" a los que han sido adjudicadas. Es decir, estos apóstoles o no escribieron cartas o no se copiaron ni se conservaron. Sin embargo, en vida de Pablo se copiaron ya sus cartas y se difundieron enormemente.

- La escuela paulina consiguió colocar, además, en el Nuevo Testamento otras siete cartas pseudoepígrafas (es decir, que llevan el nombre de Pablo, pero que fueron escritas en realidad por sus discípulos) por seis de los otros apóstoles.

- Salvo las cartas de Santiago y Judas, las tres de Juan y las dos de Pedro aceptan los esquemas paulinos.

– El Apocalipsis de Juan, por muy judío que sea, acepta también la reinterpretación paulina de la muerte de Jesús como sacrificio vicario y su consecuencia, la resurrección y exaltación.

En una palabra, el Nuevo Testamento –que pasa hoy por ser el escrito básico del cristianismo- no representa la variedad de los cristianismos primitivos, sino sobre todo del cristianismo paulino lo que supone un éxito clamoroso de éste.

Aparte del análisis del contenido del Nuevo Testamento, que es una muestra objetiva del éxito de Pablo con su visión peculiar de Jesús, tenemos otro parámetro para medir la importancia del Apóstol. Según los cálculos más fehacientes, hacia el año 311 d.C., fecha en la que el emperador Constantino publicó el “Edicto de Milán”, por el cual se declaraba al cristianismo religión lícita en el Imperio, había unos 8 millones y medio de cristianos en el Imperio, de una población total que apenas llegaba a 60 millones.

Pues bien, a tenor de lo que teológicamente se escribe dentro del cristianismo en esa fechas e inmediatamente anteriores el 95% de esos cristianos eran paulinos. Si partimos del dato de los *Hechos de los apóstoles*, de que más o menos un par de semanas o un mes después de la muerte de Jesús había 120 cristianos (Hch 1,14-15) tenemos que postular un crecimiento de cerca del 40% por década! Todo un éxito del cristianismo fundamentalmente paulino.

Y por último hoy día: según estimaciones bastante seguras, existen unas quinientas confesiones y/o denominaciones cristianas: católicas, protestantes, ortodoxas y libres. De ellas, el 99,5% son paulinas, es decir, dependen del punto de vista de Pablo en su comprensión global de Jesús de Nazaret. Este dato habla por sí mismo. Tampoco los demás cristianismos, posibles herederos de otros primitivos, cuentan hoy.

La consecuencia respecto al libro de Dunn puede ser: en todo el “Jesús recordado” –deducido a base de un estudio crítico de la Fuente Q, que puede tener un sesgo independiente, no paulino; y de los cuatro evangelios, que son “paulinos”, más adicionalmente en algunos casos el Evangelio gnóstico de Tomás, cuya base es la tradición sinóptica- habría que tener en cuenta la posibilidad de un “tinte” de corte reinterpretativo paulino en casi todos esos recuerdos.

Me parece claro hoy que casi todos los investigadores aceptan un hiato, es decir, un salto teológico entre Jesús y Pablo, hiato que se intenta explicar de alguna manera como que la vida de Jesús, de una manera implícita y bien considerada, daba pie a esa interpretación paulina (“cristología implícita”). Otros investigadores –normalmente no confesionales e independientes- no suelen aceptar la “cristología implícita” y explican el hiato de diversos modos, normalmente acogándose a la idea de que Pablo reinterpreta a Jesús gracias a su revelación personal (*Epístola a los Gálatas* sobre todo).

Mi posición personal va más bien por esta última línea. Me parece evidente el hiato existente entre Pablo y Jesús. Y me parece también claro el esfuerzo gigantesco de “Marcos” y sus sucesores por presentar la “vida” (al menos la

pública) de Jesús de tal modo que el Cristo paulino transparezca a través de los hechos y dichos de esa vida (recogidos con bastante honestidad, incluso material que les incomoda y les fastidia teológicamente).

Veo también con claridad cómo Marcos y sus sucesores corrigen al maestro Pablo haciendo ver a los fieles que no sólo importan la muerte y resurrección de Jesús como hechos salvadores: también la vida y dichos de Jesús son salvíficos.

Dijimos que es muy dudoso –diría que falso- que hubiera un solo cristianismo al principio, tras la muerte de Jesús y que puede uno formularse la pregunta siguiente, con palabras del mismo Dunn: “¿Es el cristianismo del Nuevo Testamento simplemente el depósito de esa única forma de un cristianismo primitivo (y añadido: por hipótesis, el auténtico) o bien perduró y/o se impuso a formas rivales cristianas?” (p.31). Junto con James Robinson y Helmut Koester opino que la segunda alternativa es la correcta, de acuerdo con mi postal anterior.» [[Antonio Piñero](#)]

### **¿CONSIDERÓ PABLO A JESÚS COMO DIOS?**

«Como indica Pablo, este hijo es Jesús, el cual –según la carne– es un ser humano, como se indica en Gal 4,4-5; Rm 1,3-4; 5,10. En este lugar recalca esa humanidad añadiendo que fue Dios el que lo resucitó. Igualmente afirma en otros pasajes que solo hay un Dios, el Dios de Jesús (1 Tes 1,9-10; 1 Cor 1,3; 8,6; 15,28; Flp 2,11; 2 Cor 1,3-4; 11,31) y que este es un mero intercesor celestial ante Dios Padre (Rm 8,34). Pablo refleja en su vocabulario que en la liturgia de sus comunidades hay diferencias en el culto: las expresiones más técnicas como *latreúo*: «adorar» (Rm 1,9; 12,1; Flp 3,3) y *proskynéo*: «hincar la rodilla ante alguien» (1 Cor 14,25) sólo las emplea Pablo para Dios Padre; la acción de gracias es siempre a Dios, nunca a Cristo o al «Señor» = Rm 1,8; 7,25; 1 Cor 1,4.14; Flp 1,3 y se especifica a veces que tal acción de gracias es «por medio de Jesucristo»: Rm 1,8; 7,25;

Sin embargo, en otros lugares da la impresión de que Pablo pensaba que Jesús tenía desde siempre algunas funciones como las de Yahvé: por ejemplo, la preexistencia (1 Cor 10,4: Jesús como la Sabiduría divina); es objeto de súplica, solo o junto con Dios (2 Cor 12,7-9); se invoca el nombre de Jesús como el de Dios (1 Cor 1,2); es Señor, como lo es Yahvé (1 Cor 1,9); es el Señor de la gloria (1 Cor 2,8); es Espíritu/posee el Espíritu/es Espíritu vivificante como Yahvé (2 Cor 3,15-18).

Tras la lectura de estos dos grandes bloques de textos en apariencia antagónicos se suscitan preguntas que quizás no se puedan responder netamente: ¿consideró Pablo a Jesús totalmente como Dios?, o bien ¿tuvo Pablo una concepción de Dios, monoteísta ciertamente, pero distinta a la nuestra?

Partiendo de la base de que el Apóstol es un judío mesiánico y apocalíptico; que no abandonó su religión, que no emplea ante sus lectores gentiles la expresión «Hijo del Hombre» como título mesiánico, pero que sí acepta ese trasfondo como se prueba al dibujar a Jesús en su parusía transportado por

nubes (Dn 7,13-14: un vehículo exclusivamente divino), se podría sostener que Pablo no parece haber sentido inconveniente mental alguno –como tampoco otros judíos «monoteístas» de su misma época– en admitir la existencia de una figura mesiánica con naturaleza doble e imprecisa a nuestros ojos. Es humana, porque al ser Pablo un judío cabal, este «hijo», el mesías, sólo puede entenderse metafóricamente, no ópticamente: para un judío Dios no tiene jamás un hijo físico y menos mortal. Pero, por otro lado, después de muerto ese mesías, es resucitado, elevado y exaltado al cielo por Dios y es transformado allí en una entidad divina. Habría, pues, en Pablo una mezcla de esquemas judíos –un mesías humano– con una noción grecorromana de adopción de un ser humano por parte de Dios y de apoteosis de este que se concierte en entidad divina.

La solución a este enigma podría estar en una concepción que solo ese halla testimoniadas en el judaísmo tardío, a saber que el concepto de ciertas entidades, que solo se dan en la tierra, pudo preexistir en la mente divina. En el Talmud de Babilonia, tratados Pesahim 54a y Nedarim 39b, y en midrás Tehillim 8,72 y 90,2-3, se nos dice que siete entidades fueron creadas por Dios antes que el universo; son, pues, preexistentes: «La Torá (la ley de Moisés), el arrepentimiento, el paraíso, la gehena o infierno, el trono de Gloria, el templo celestial y el nombre (o esencia) del mesías». Si esta idea hundiera sus raíces en la teología de la época del Segundo Templo, como parece a lo fue, se podría pensar que Pablo albergaba un pensamiento acerca del mesías parecido al reflejado en la obra del desconocido autor del Libro de las Parábolas de Henoc (obra precristiana anterior al año 70 e.c.), en concreto 1 Henoc 48,1-6 . En este capítulo se sostiene literalmente que el «nombre» del mesías es preexistente y que luego toma cuerpo en un hombre concreto, el profeta Henoc, el quinto varón después de Adán. Tras su vida, Henoc es trasladado al cielo (70,1-3) y desde allí vendrá a la tierra finalmente como mesías al final de los tiempos, actuando como juez de vivos y muertos (71,14-17).

Pablo podría pensar de Jesús de Nazaret o el Nazoreo algo parecido. Eso explica que en las cartas de Pablo el mesías, el Cristo, sea una entidad preexistente (1 Cor 10,4: la Roca que seguía a los israelitas en el desierto era el Mesías), y al mismo tiempo un hombre mortal en el tiempo, descendiente de David (Rm 1,3-5) en quien ese «nombre» o esencia del mesías se ha corporizado. Y, después de su paso por la tierra como hijo/agente de la divinidad, Jesús fue resucitado por Dios, exaltado al cielo y allí, en un acto de apoteosis, fue declarado por Dios mismo «señor y mesías», es decir, una entidad divina pero subordinada a Dios padre (1 Cor 15,28).

Otros judíos de la época del Segundo Templo, en torno a la época de Pablo, albergaron esta creencia en un agente humano de Dios, pero que a la vez –tras haber desaparecido de esta tierra– tiene su asiento en el cielo, por disposición divina, en un trono parecido al de aquel. Estos judíos concibieron la existencia de «dos tronos o dos poderes celestiales, uno grande y otro menor», uno para el Dios supremo; otro para el agente/mesías. Ello indica que ese ser humano, tras su muerte, vive en el cielo y está dotado de

cualidades divinas, elevado al rango superior de «ayudante» en el reino supraceleste de una divinidad suprema y única y subordinado a esta.

Las raíces de esta concepción, extraña para una mentalidad del siglo XXI, se hunden en el judaísmo helenístico y comenzaron mucho antes de Pablo, en concreto cuando en los siglos III-I a.C. la teología judía distanció a Dios de la esfera terrenal, y lo trascendentalizó en grado tan eminente, que se vio como impedido a actuar directamente en el mundo material. Este proceso mental estuvo influido sin duda, o mejor, solo fue posible, porque el platonismo vulgarizado –con su idea del Uno-Bien supertrascendente que se halla en la cumbre de todo el universo, y que emplea a un Demiurgo o agente divino para tratar las cosas de la materia, puro reflejo secundario de las ideas– había calado en las mentes de los judíos espiritualistas de la época helenística, como una buena manera de explicar la dualidad espíritu / materia. Dios no podía «mancharse las manos» interviniendo directamente en los asuntos de su creación.

Esta concepción de la divinidad en época de Pablo era ya considerado por los judíos como un movimiento intelectual puramente judío e interior a su judaísmo, pero nosotros lo percibimos y encuadramos intelectualmente mejor: es judío ciertamente, pero impulsado por ideas helénicas, venidas de fuera, de un mundo de prestigio como el griego.

A esta tendencia de respeto y distancia hacia el Dios trascendente deben su nacimiento, quizás desde el siglo III a.C., las especulaciones judías sobre las hipóstasis de la divinidad, Sabiduría, Palabra, Presencia, que para unos judíos eran meros modos de Dios que actuaban hacia fuera, hacia el mundo, dependientes de la divinidad, pero que otros consideraban personificados, hipostasiados, al no ser iguales al Dios trascendente. Muchos judíos intelectualizados comenzaron a pensar, desde esos años, que no fue la divinidad ultra suprema quien había operado directamente en el solemne momento de la creación, sino su Sabiduría, su Palabra o su Presencia personificadas y al final de los tiempos, para enderezar el mal rumbo de la creación, el Mesías actuaría de un modo semejante.

La trascendencia divina queda a salvo. Los que concebían a estas entidades como meros modos, sin existencia real en sí mismos, serían estrictamente monoteístas. Pero los que las consideraban como entidades reales distintas del Dios trascendente apuntaban hacia una suerte de «binitarismo» rudimentario: una divinidad doble, una superior; otra, subordinada. En este segundo movimiento se halla el pensamiento paulino acerca del «hijo»".  
[[Antonio Piñero](#), 29.03.2016]

## **¿FUE JESÚS EL FUNDADOR DEL CRISTIANISMO?**

«El cristianismo solo nace después de la muerte de Jesús y está imbricado con la figura de su excelso seguidor que es Pablo de Tarso. La situación, pues, respecto a la fundación puede resumirse así: ni fue Jesús el primer fundador, ni Pablo el segundo, por la sencilla razón de que para fundar algo hay que pretenderlo conscientemente, y hoy día es ya consenso común que ni uno ni

otro tuvieron consciencia de proponer algo nuevo dentro del judaísmo. Aunque hay que decir que el cristianismo actual se basa sobre muchos pilares y que Pablo no es el único, no es desacertado sostener que este ocupa una posición principal en la cuestión del desarrollo del cristianismo, aunque fuera involuntaria. Por tanto, el cristianismo, como fenómeno posterior al Jesús histórico, no se entiende sin Pablo de Tarso, cierto, pero más como su fundamento y condición que como su fundador estricto.» [Antonio Piñero]

¿Por qué una muerte en la cruz y no otro tipo de muerte?

Porque el crimen de rebelión contra el Imperio era —y ese fue el delito de Jesús al proclamar la venida de un reino de Dios exclusivista y excluyente, y al actuar en los últimos tiempos en Jerusalén con gran peligrosidad para el orden público— castigado con la pena máxima y agravada, “mors agravata”, la cruz, suplicio para esclavos fugitivos y rebeldes.

Esa pena era normal y podía ser aplicada conforme al derecho romano, por un prefecto imperial al mando de la provincia, en un juicio rapidísimo, “extra ordinem” pero legal, que culminaba con la ejecución de la pena capital al instante.

Pablo de Tarso reflexionó sobre este suplicio, más la creencia en la resurrección de Jesús, que le había venido de los judeocristianos, e hizo de ello el eje de una teología de la cruz y de la redención, profundamente mítica, pero consoladora. El esquema básico es que sólo con el sacrificio de lo que más se quiere —en este caso, el hijo de Dios entregado por el Padre mismo en sacrificio parara arreglar las relaciones Dios-ser humano destrozadas por el pecado— se puede arreglar los grandes problemas. Un esquema que subyace a la teoría del sacrificio, como núcleo tanto de la religión grecorromana como de la judía.

¿Fue el Cristianismo un «invento» de Oriente arrebatado y rentabilizado por Occidente? ¿Por qué su capitalidad se sitúa en Roma y no en algún lugar de Palestina, Israel, Siria, Líbano o incluso Grecia? ¿Puede hablarse de la expropiación y racionalización occidental de una ideología mesiánica oriental?

- En un cierto aspecto sí. El inventor e impulsor de este invento teológico que es el cristianismo, de este fenómeno exegético de las Escrituras hebreas, es Pablo de Tarso. El “invento” consiste fundamentalmente en hacer referir las Escrituras previas, entendidas de un modo alegórico, hacia la persona y misión de un profeta apocalíptico ejecutado por los romanos, Jesús de Nazaret. Esta idea es la invención parcial de un genio religioso nacido en la parte oriental del Imperio, en Tarso de Cilicia, la actual Turquía del sur, Pablo, pero que tuvo siempre la vista puesta en todos los ciudadanos del Imperio. No en vano, Pablo intentó llegar a Roma y hasta los extremos del orbe conocido, Hispania. Los cristianos comprendieron muy pronto que para difundirse “universalmente”, entre los ciudadanos del Imperio, era necesaria una comunidad muy fuerte en el centro y capital del Imperio, Roma. Desde ahí el cristianismo se expandió por Occidente, hasta hoy. La teología de base siguió siendo oriental. Pero pronto asimilada y comentada por Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona, que de algún modo la occidentalizaron. Lo demás es el

resultado de la historia. A pesar del Gran Cisma de las Iglesias orientales, en el siglo XI, la potencia espiritual partió pronto de las Iglesias occidentales, romana, de las Galias y de Hispania.

Sin Pablo de Tarso, tendríamos hoy Iglesia? ¿Habría sido cristiano el Imperio de Roma, si Pablo no hubiera intervenido en la transmisión del mensaje y la imagen de Jesús?

- No lo tendríamos, sin duda alguna. En parte he respondido ya en la pregunta anterior. Pablo aporta a la conformación del cristianismo las bases teóricas para la transformación del mensaje de Jesús sobre la llegada inminente del reino de Dios (un reino de características mesiánicas netamente judías y pensado en principio sólo para los israelitas observantes de la Ley) en un mensaje de salvación universal. Independientemente de lo que el Jesús histórico pudo o no haber hecho, es incuestionable que él inició el proceso que convirtió una secta judía en el cristianismo. Jesús, con su genio religioso, reflexionó profundamente sobre la religión judía e hizo un especial hincapié en ciertos aspectos de ella que lo situaron en un puesto aparte dentro del panorama de la religiosidad judía del siglo I:

A) Por su nueva concepción de la filiación divina. Aunque se creía totalmente un mero hombre, no un ser divino, tuvo una concepción particular de su relación con el Padre que no poseyeron otros maestros judíos de su época;

B) Por su nueva interpretación de la Ley, radical, profunda, esencialista, iluminadora;

C) Por su diferente concepción de la pureza ritual y su concentración en la impureza como producida sólo por el pecado que depende ante todo de la actitud del corazón;

D) Por su sentido de que en el juicio final será la imitación de Dios (la imitatio Dei), la ley del amor al prójimo y el perdón sin límites, aquello que en definitiva salvará al ser humano, dentro del cumplimiento general de los preceptos de la ley de Moisés. Pero todos estos impulsos no bastan para iniciar un proceso de separación del judaísmo.

Es Pablo el primero que pone los fundamentos ideológicos necesarios para la autonomía del grupo cristiano respecto a la Sinagoga. Frente a Jesús, es Pablo el que impulsa y completa un movimiento teológico que deja de poner en primer plano el reino de Dios y se concentra en Jesús mismo como objeto de predicación. Parece, pues, que el personaje que comienza a poner los cimientos para una nueva religión y para la separación definitiva del judeocristianismo del judaísmo normativo y oficial es Pablo de Tarso y no Jesús de Nazaret.

[Entrevista a Antonio Piñero, en [Editorial Academia del Hispanismo](#) – Vigo – 27/12/2010]

## **PALBLO, EL PRIMER CRISTIANO**

«El cristianismo puede llamarse de verdad así sólo cuando adquiere la forma paulina». [Antonio Piñero]

«Pablo, el primer autor cristiano, tiene su "propio evangelio". Cuando el Apóstol habla de la muerte de Jesús no suele insistir en circunstancias históricas concretas: que lo mataron los judíos, la posible intervención de los romanos, etc., sino que proclama que Jesús murió según un plan divino. La síntesis más apretada de este plan divino es la siguiente:

Los "que mandan en este mundo" (en griego: hoi árchontes ton tou aiónos), sin plena conciencia de lo que realmente hacían, crucificaron al "Señor de la gloria", es decir a Jesús (1 Corintios 2,6-8). Como es sabido, esta concepción espiritual de la muerte de Jesús es el núcleo del "evangelio" paulino, recibido por revelación (Gál 1,11-12). Además Pablo afirma que aquél que predique cualquier "otro evangelio" ha de ser maldito, "anatema", por Dios (Gál 1,7-8).

Ahora bien, Pablo al enseñar y proclamar estas verdades sobre el sentido de la muerte de Jesús insiste en que hay "otro evangelio [predicación sobre Jesús] distinto al suyo" y que hay quienes predicán a "otro Jesús diferente" (Gál 1,6-8; 2 Cor 11,3-4).

Pablo jamás nombra directamente a los portadores de este otro evangelio, pero difícilmente pueden ser otros que los judeocristianos. A éstos, al menos a los que más se hacía oír, los llama él "falsos hermanos" (Gál 2,4). Éstos eran sin duda los más extremistas, pero su teología era esencialmente judeocristiana, distinta a la de Pablo, que es lo que aquí nos importa. Según la interpretación más probable del conjunto de los adversarios que aparecen en la Epístola a los Gálatas y Filipenses, tales individuos, ya fueran extremistas o menos, provienen de Jerusalén y se oponen a Pablo decididamente, tanto que hacen cambiar de "evangelio" a los cristianos de Galacia.

Así se dice en Hch 15,1: "Bajaron algunos de Judea que enseñaban a los hermanos: «Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros»"). Tales personajes están detrás del incidente grave de Pablo con Pedro en Antioquía (Gál 2,11-14), que tiene como base una diferencia de perspectivas teológicas.

Tales falsos hermanos –probablemente los más exaltados– eran muy exigentes, y estaban –dice Pablo– "espiando su libertad para hacerles volver a la esclavitud". Es decir, la libertad es la teología de Pablo; y la esclavitud es el judeocristianismo tal como lo practicaban muchos en Jerusalén.

Los que se oponían a Pablo eran discípulos de Jesús, pero que predicaban un "cristianismo" totalmente judío, pues exigían a los creyentes en el Maestro que se circuncidaran, se apartaran de la comensalidad con los gentiles y observaran la ley de Moisés. Según los Hechos de los apóstoles, Santiago le dice a Pablo que un número enorme de conciudadanos judíos han abrazado la fe en Jesús y a la vez "son todos celosos observantes de la Ley" (21,23-24).

Me parece que es ésta una conclusión difícilmente evitable: el "otro evangelio" es la interpretación de la figura y la misión de Jesús es muy distinta a la de Pablo y, a la vez, es la que tenían quienes habían conocido al Nazareno

directamente (Pablo no), y que habían sido testigos oculares de su vida, o bien eran discípulos inmediatos de esos testigos... y que tenían su centro en Jerusalén.

A partir de una lectura de los Hechos de los apóstoles se ve con claridad que estos seguidores de Jesús tenían como eje de su vida espiritual y de culto el templo de Jerusalén (Hch 2,46; 3,1ss; 5,12; 21,23-24), en el que creían, como Jesús, que habitaba el Dios único (Mt 23,21: Jesús prohíbe por respeto a Dios que "se jure por el Templo", porque hacerlo es "jurar por el que habita en él": Mt 23,21).

Algunos seguidores jerusalemitas de Jesús no se detenían en esta mera observancia, sino que eran celosos de la Ley y habían hecho el voto de nazireato; y pretendían que Pablo lo hiciera también. El texto de Hch 21 arriba citado brevemente es iluminador de las diferencias entre la teología de Pablo y la de los jerusalemitas:

*17 Llegados a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con alegría. 18 Al día siguiente Pablo, con todos nosotros, fue a casa de Santiago; se reunieron también todos los presbíteros. 19 Les saludó y les fue exponiendo una a una todas las cosas que Dios había obrado entre los gentiles por su ministerio. 20 Ellos, al oírle, glorificaban a Dios. Entonces le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley. 21 Y han oído decir de ti que enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles que se aparten de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones. 22 ¿Qué hacer, pues? Porque va a reunirse la muchedumbre al enterarse de tu venida. 23 Haz, pues, lo que te vamos a decir: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen un voto que cumplir. 24 Tómalos y purifícate con ellos; y paga tú por ellos, para que se rapen la cabeza; así todos entenderán que no hay nada de lo que ellos han oído decir de ti; sino que tú también te portas como un cumplidor de la Ley.*

Así pues, todo apunta a que los judeocristianos, los primeros seguidores de Jesús, eran practicantes muy devotos de la religión judía. No es de extrañar porque, también según los Hechos de los apóstoles, entre los creyentes en Jesús había "muchos sacerdotes" (6,7; no se indica que hubieran renunciado a sus funciones) y muchos fariseos que decían "que era necesario circuncidar a los gentiles y mandarles guardar la Ley de Moisés" (Hch 15,5).

Hay que concluir, pues que -según el testimonio evidente de los Hechos de los apóstoles- los primeros discípulos de Jesús, anteriores a Pablo, estimaban que ser buen judío, observante, e incluso sacerdote o fariseo practicante, no estaba en oposición ninguna con tal discipulado. Debe insistirse en que tales creencias se basan en recuerdos muy vivos de Jesús, que había muerto hacía poquísimos tiempo. Entre esos "sacerdotes y fariseos" creyentes en el Nazareno había muchos que habían visto a Jesús directamente.

Y ahora comparamos mentalmente todo lo que sabemos de la teología de Pablo sobre Jesús y la mentalidad de estos sacerdotes y fariseos seguidores del mismo Jesús y no podemos menos que obtener una conclusión:

A la verdad leyendo sencillamente los *Hechos de los apóstoles* me resulta muy difícil evitar la idea de que entre el evangelio paulino y el evangelio de los de Jerusalén había una diferencia abismal, absoluta e incompatible, sobre el modo cómo se interpretaba el seguimiento a Jesús.» [[Antonio Piñero](#)]

«Se suele pensar en Jesús como fundador del cristianismo pero se antoja por lo narrado que más bien pudo ser sólo su inspirador y quien pusiera las bases, según su interpretación del ministerio y magisterio del mismo Jesús, fuera Pablo de Tarso, un auténtico genio. ¿Qué opina usted?

Antonio Piñero: He manifestado claramente que Jesús es sólo el fundamento indispensable para la existencia del cristianismo. Todos los impulsos que pudiera haber dado Jesús con su peculiar interpretación de la Ley o con su ética radical no bastan para iniciar un proceso de separación del judaísmo. Es Pablo el primero que pone los fundamentos ideológicos necesarios para la autonomía del grupo cristiano respecto a la Sinagoga. Frente a Jesús es Pablo el que impulsa y completa un movimiento teológico que deja de poner en primer plano el reino de Dios y se concentra en Jesús mismo como objeto de predicación. Parece pues, que el personaje que comienza a poner los cimientos para una nueva religión y para la separación definitiva del judeocristianismo del judaísmo normativo y oficial es Pablo de Tarso y no Jesús de Nazaret.

Por último, hay que decir que el cristianismo actual se basa sobre muchos pilares. Pablo no es el único. Otros muy importantes son el Evangelio de Mateo y su ideología eclesiástica y el Evangelio de Juan con su peculiar interpretación de Jesús. Sin embargo, no es desacertado decir que Pablo ocupa una posición principal en la cuestión del desarrollo del cristianismo. Por tanto, el cristianismo no se entiende sin Jesús de Nazaret, cierto, pero más como su condición y fundamento que como su fundador estricto». [[Antonio Piñero](#)]

## VALORACIÓN DE LA DOCTRINA DE PABLO

La corriente judeocristiana de la Iglesia primitiva tendió a ser refractaria a Pablo, a quien pudo considerar rival de Santiago y Pedro, los líderes de la Iglesia de Jerusalén. De allí que especialistas como Bornkamm interpreten que la *Segunda epístola de Pedro*, un escrito canónico tardío datado de los años 100-150, expresa cierta «cautela» respecto de las epístolas paulinas. Si bien esta carta menciona a Pablo como «querido hermano», parece tratar sus escritos con alguna reserva por las dificultades que podrían suscitarse en su comprensión, con lo que «los débiles o no formados podrían torcer su doctrina, para su propia perdición» (2 Pedro 3, 15-16).

Los padres de la Iglesia subsiguientes avalaron y utilizaron las cartas de Pablo de forma sostenida. Ireneo de Lyon, a fines del siglo II, señaló a Pablo junto a Pedro como base de la Iglesia de Roma. Contra los extremismos, tanto de los judeocristianos antipaulinos como de Marción y de los gnósticos, para Ireneo los *Evangelios*, los *Hechos de los Apóstoles* y las cartas paulinas concordaban con las Escrituras hebreas. La influencia de Pablo culmina en la teología de Agustín de Hipona en su crítica al pelagianismo.

Las interpretaciones que de los escritos de Pablo de Tarso hicieron Martín Lutero, Juan Calvino tuvieron influencia importante en la Reforma Protestante del siglo XVI. En el siglo XVIII, el epistolario paulino fue fuente de inspiración para el movimiento de John Wesley en Inglaterra. En el siglo XIX, resurgió la hostilidad declarada contra Pablo. Quizá el detractor más extremo haya sido Friedrich Nietzsche en su obra *El Anticristo*, donde acusa a Pablo y a las primeras comunidades cristianas de desvirtuar totalmente el mensaje de Jesús. En las antípodas, la teología dialéctica de Karl Barth, un antecedente intelectual relevante en la lucha contra el nacionalsocialismo, nació con el comentario de 1919 de este teólogo suizo a la Carta a los romanos.

Más allá de las diferencias entre el cristianismo paulino por un lado y el judeocristianismo de Santiago y Pedro por otro, ellos mantuvieron una fe en común. Y la fecha tardía de la redacción de la Segunda epístola de Pedro permite suponer que las diferencias de opinión existentes entre las distintas corrientes básicas del cristianismo primitivo no sofocaron su pluralidad interna, tal como cristalizó en el canon bíblico.

La teología de la redención fue uno de los principales asuntos abordados por Pablo. Pablo enseñó que los cristianos fueron redimidos de la Ley y del pecado por la muerte de Jesús y su resurrección. Su muerte fue una expiación y, por la sangre de Cristo, se estableció la paz entre Dios y el hombre. Por el bautismo, un cristiano toma su parte en la muerte de Jesús y en su victoria sobre la muerte, recibiendo gratuitamente una renovada condición de hijo de Dios.

Pablo era judío, de la escuela del fariseo. El punto principal de su mensaje era que los gentiles no tienen necesidad de circuncidarse al igual que los judíos (1Cor 3:2), de hecho, una buena parte de sus enseñanzas es un énfasis a los gentiles para que comprendan que su salvación no depende de copiar los rituales judíos; sino que tanto judíos como gentiles, en última estancia, son salvados por la gracia divina, que se aplica por medio de la fe en Cristo, necesaria para alcanzar la salvación.

Muchas de sus enseñanzas, al ser dirigidas a un pueblo gentil eran mal entendidas y mal interpretadas. Algunos judíos por un lado interpretaron que Pablo enseñaba a abandonar la Torá de Moisés, lo cual no era cierto, y él mismo lo tuvo que desmentir (Hechos 25:8; 21:24,26). Por otro lado, había gentiles que interpretaban que la salvación por la gracia divina les permitía pecar, lo que Pablo tuvo que desmentir (Rom 6:15).

Algunos autores defienden que Pablo no buscó superar ni reformar el judaísmo, sino incorporar a los gentiles a Israel por medio de Cristo sin obligarles a renunciar a su condición de gentiles. Esta interpretación contrasta, tanto con la cristiana tradicional como con la "nueva perspectiva sobre Pablo", que defiende que lo que Pablo se propuso fue reformar el judaísmo.

«Hay autores que son de la opinión de que Pablo solo usó los relatos de Jesús como una oportunidad para propagar sus propias ideas bajo una extraña placa de identificación. "La imagen de Cristo que se formó Pablo no surgió de la impresión que le causó la personalidad de Jesús. Solo queda

una explicación: Pablo ya creía en un ser celestial, en un Cristo divino, antes de creer en Jesús"(William Wrede: *Paulus*, 1904).

La crisis de la comunidad cristiana primitiva no se originó porque el mensaje cristocéntrico se mezclara con la Ley judía, sino al revés, la crisis llegó cuando Pablo exigió a los cristianos algo imposible para los judíos: renunciar a la fe de los padres y, por lo tanto, a la ley de Moisés.

¿Por qué buscó Pablo a Jesús para formular un mensaje diferente? La pregunta crucial es por qué los miembros de la iglesia primitiva en Jerusalén, que habían conocido a Jesús incluso antes, aparentemente aceptaron tal reinterpretación por Pablo cuando reemplazó la vida de Jesús por la doctrina de Cristo y convirtió el fracaso de la vida de Jesús en el éxito de un plan divino de salvación.» [Lehmann, 1985: 168 ss.]

## **IGLESIA PETRINA O IGLESIA PAULINA**

«El cristianismo no empezó como una realidad perfectamente acabada y definida desde el principio, como un meteorito caído del cielo o como una institución basada en decretos fundacionales claros y explícitos. Fue el resultado de un proceso relativamente largo y complejo, que tuvo sus raíces e impulso inicial en Jesús de Nazaret. En este proceso, muy pronto surgieron, entre los judíos de Palestina y de la diáspora, grupos con formas muy diferentes de entender la vinculación con Jesús, de cultivar la memoria sobre él y de relacionarse con la sociedad; grupos que fueron estableciendo relaciones entre ellos, a veces de reconocimiento y aceptación, otras de conflicto y hasta de exclusión, de modo que, a partir de una matriz judía y en contacto con el mundo grecorromano, apareció el cristianismo con una entidad social propia. El proceso formativo del cristianismo abarca desde comienzos del siglo I hasta la segunda mitad del siglo II, cuando ya aparecen los elementos que caracterizan al cristianismo como una realidad sociológica y teológicamente diferenciada tanto respecto a la sinagoga judía como a los ojos de la sociedad romana. Este es el período de tiempo y el proceso histórico que abarca nuestro estudio. A partir de ese momento se abre el camino hacia lo que más tarde será la Gran Iglesia y la ortodoxia». [Prólogo a Rafael Aguirre (ed.): *Así empezó el cristianismo*, 2010]

En Sanz Extremeño, I. (Ed.): *Τὸ ἡμῶν καὶ σοῖ;* "Lo que hay entre tú y nosotros. Estudios en honor de María Victoria Spottorno". Editorial Universidad de Córdoba, 2016, Antonio Piñero (pp. 193-209), partiendo de las obras de Senén Vidal y su postura respecto a la creación de una iglesia unida, se plantea la pregunta «¿Existió la gran Iglesia Petrina?». Piñero discute la tesis de Senén Vidal, quien sostiene la existencia de una "gran Iglesia", unificada, institucionalizada y agrupada en torno a Pedro. Tras analizar los textos de Vidal y otros estudiosos, Piñero concluye que, en realidad, no hay pruebas claras de la existencia de una Iglesia claramente influida por Pedro, pero sí por Pablo y aboga por la existencia de un núcleo paulino, flexible e integrador, y difusor de la noción de la gran Iglesia.

«En *Así empezó el cristianismo* (2010) se estudia “cómo a partir de esta pluralidad inicial surge una línea, ciertamente plural pero con singular capacidad de integración que va a dar lugar a la «protoortodoxia» o «Gran Iglesia» (p. 9).

En estas últimas palabras hay una mini definición de la Gran Iglesia, es decir, la «primera ortodoxia». Creo que rápidamente se plantea el deseo de una mayor precisión. Senén Vidal la calificaba como “Gran Iglesia unificadora y unificante”, pero excluía de ella al movimiento paulino, el cual solo a la postre se vio atraído a integrarse en esa Gran Iglesia, una vez que él mismo, ayudado de la protoortodoxia se liberó del “paulinismo exagerado”. ¿Qué movimiento es este, que excluye –según S. Vidal al paulinismo? ¿Puede precisarse más? ¿Es acaso una Gran Iglesia petrina? Y si es así, ¿en qué documentos se basa? Téngase en cuenta que para el primer desarrollo del cristianismo, pongamos hasta el 130 d. C., no tenemos más documentos que 1 Clemente, las cartas auténticas de Ignacio de Antioquía y la Didaché.

Ahora bien, la Didaché no es paulina, sino judeocristiana. ¿Tenía el judeocristianismo, que podríamos asimilar grosso modo al «petrinismo» potencia suficiente como para ser unificadora y unificante? No lo creo. 1 Clemente muestra claras influencias del judeocristianismo y de la Epístola a los Hebreos. Ahora bien, la iglesia posterior adscribió esta homilía transformada en carta al círculo de los discípulos de Pablo, denominándola “paulina”. E Ignacio de Antioquía, aparte del enorme influjo del Evangelio de Juan (cuya concepción de la muerte de Jesús como redención es paulina, y cuya divinización extrema de Jesús sigue las vías más de Pablo que del judaísmo. Ciertamente no del judeocristianismo del que el autor o autores de Juan son enemigos declarados. ¿Cómo, pues definir y precisar el concepto de la Gran Iglesia si se excluye al paulinismo?

Ribas Rebaque en el último capítulo de “Así empezó el cristianismo” (titulado “El nacimiento de la Gran Iglesia”) da por supuesto prácticamente que todo el mundo que lo lee sabe qué es, y sus características precisas, esa Gran Iglesia, por lo que no lo explica en absoluto. El lector no se forma con sus páginas ninguna idea clara de lo que era la Gran Iglesia, ni quien la formaba ni cómo.

San Pedro ¿desarrolló una teología propia? ¿Existió la gran iglesia petrina? Simón Pedro conocido también como San Pedro fue, de acuerdo con múltiples pasajes neotestamentarios, uno de los discípulos más destacados de Jesús de Nazaret. Asimismo, la Iglesia Católica lo identifica como el primer Papa de la historia, basándose, entre otros argumentos, en las palabras que le dirigió el propio Jesús, cuando se refirió a él como “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Pero, ¿Existe una Teología desarrollada por San Pedro? ¿Fundó Pedro una Iglesia? ¿Realmente Pedro murió crucificado en una cruz invertida, justo en la colina en la que hoy se encuentra el Vaticano?». [Antonio Piñero]

«La conclusión de James D. G. Dunn (2018), llegado al final de su obra magna, me parece reveladora. La condición absolutamente judía de Jesús pasa a un segundo plano. Cuando el cristianismo primitivo puso sus ojos en el “Jesús /

Cristo" celestial, emerge la gran figura de Pablo en la conformación del cristianismo hasta nuestros días, lo hubieran sentido –o no– claramente los cristianos del siglo II y quienes hoy apoyan el influjo decisivo petrino en este desarrollo.

Nunca afirma Dunn que existiera una gran iglesia petrina que fuera exactamente la unificadora y unificante de las diversas ramas judeocristianas y paganocristianas, sino que fue la forma de cristianismo de Ignacio de Antioquía, netamente paulina, la que "se llevó el gato al agua", aunque otras formas de cristianismo no desaparecieran nunca... incluso hasta hoy». [[Antonio Piñero](#)]

## **PEDRO COMO PRESUNTO FUNDAMENTO DE LA "GRAN IGLESIA"**

Antonio Piñero escribe:

«La parte decimotercera de la obra de James D. G. Dunn (*El cristianismo en sus comienzos*) lleva por título "La influencia continua de Pablo y Pedro". La tesis básica que defiende Dunn, es que Pedro "desempeñó un papel determinante en cuanto a mantener unido el cristianismo a pesar de sus disparidades surgidas en el siglo II, y en cuanto a ayudar a sus sucesores a permanecer fieles a la herencia central de la tradición de Jesús y el evangelio tal como fue expuesto especialmente por Pablo".

Según Dunn, esto se debió al papel que este apóstol desempeñó en las controversias de la primera generación y a la "construcción de puentes" (aquí Dunn juega con el vocablo latino "pontifex", "pontífice", que significa literalmente "hacedor de puentes", que en el cristianismo –sobre todo si se le añade el adjetivo "sumo"– recuerda a la "cátedra de Pedro", a este como primer obispo de Roma, según la tradición y a su función como cabeza de la iglesia universal). Dunn sostiene que la influencia de Pedro en la formación de la Gran Iglesia "es claramente discernible en un análisis histórico. En teología, en influencia teológica, es probable que Pedro tenga que ceder la palma a Pablo. Pero en eclesiología, en influencia eclesiástica, Pedro no tiene par" (p. 802).

Estoy solo parcialmente de acuerdo con esta visión, pues creo que hace concebir al lector una perspectiva de la creación de cristianismo muy distante de lo que ocurrió en la historia real. Si lo que afirma James Dunn supone que (en la perspectiva de la ideología teológica, insisto) al final del siglo I y hasta la mitad del siglo II existió una "Gran Iglesia" petrina, no es correcta. Y menos que la teología de esa Gran Iglesia, derivada de Pedro naturalmente sirviera de catalizador a los diversas facciones, o diversos "cristianismos" que existían en esos años una Gran Iglesia, petrina, que actuó como unificadora y unificante de las diversas teologías de aquellos tiempos, sostengo que esta perspectiva no es correcta. Lo de "unificada y unificante" es expresión de Senén Vidal. Sencillamente esa idea es errónea. Defiendo denodadamente que tal "Gran Iglesia" petrina no existió nunca y que es un mero constructo de la historia teológica confesional al dibujar los dos primeros siglos del cristianismo como fenómeno ideológico.

Mi opinión es: fue la "Gran Iglesia", ciertamente paulina, la que –siguiendo un impulso de Pablo mismo– buscó ensalzar la figura de Pedro con la idea de atribuirle muchas concomitancias con la teología paulina y de sus sucesores. Una vez que se construye –tras la muerte de los dos apóstoles, probablemente durante la persecución de Nerón a los cristianos de Roma– la figura de un Pedro más o menos de acuerdo con la mencionada teología paulina se logró que el gran constructo de la interpretación de Jesús por parte de Pablo (dependiente de visiones personales de Dios y de su Hijo y no de contacto directo con el Jesús histórico) quedara justificada por medio de un puente o unión con la iglesia primitiva, la de Jerusalén, heredera de ese Jesús de la historia.

El Pablo histórico intentó siempre que su "evangelio sobre Jesús de Nazaret" (convertido en Jesucristo) fuera refrendado por la iglesia de Jerusalén. Así lo afirma en Gálatas 2:7-9:

"Viendo los notables de la iglesia de Jerusalén que me había sido confiada la evangelización de los incircuncisos, al igual que a Pedro la de los circuncisos, pues el que actuó en Pedro para hacer de él un apóstol de los circuncisos, actuó también en mí para hacerme apóstol de los gentiles, y reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé: nosotros nos iríamos a los gentiles y ellos a los circuncisos".

Y para eso se esforzó toda su vida en cumplir el compromiso, acordado también en Jerusalén, de ayudar económicamente a esa comunidad (Gal 2:10, "Sólo que nosotros debíamos tener presentes a los pobres, de la capital de Judea, cosa que he procurado cumplir con todo esmero").

Pablo no logró, ni mucho menos, ganarse a los judeocristianos de Jerusalén, pero lo intentó sinceramente. Ello se ve por la misma carta a los Gálatas y sobre todo por Hechos 21, capítulo en el que se perciben las reticencias de la comunidad jerusalémica y cómo, muy probablemente, ésta no aceptó el dinero de su colecta (no mencionada en absoluto y era el propósito del viaje de Pablo a la capital de Judea: silencio del autor de Hechos –por proceder de paganocristianos, creyentes en el Mesías, sí, pero no circuncidados).

Los sucesores de Pablo lo intentaron igualmente y tampoco lo lograron. Pero una vez muertos Pedro y Pablo, las comunidades paulinas, que formaron la base que construyó el Nuevo Testamento actual, idealizaron la figura de Pedro e hicieron de él el puente unión del pensamiento paulino y el judeocristiano de Jerusalén.

Ya he escrito varias veces cuál es la base de esta hipótesis:

1. Que la composición del Nuevo Testamento (4 evangelios de teología básica paulina en cuanto a la interpretación del significado de la muerte y resurrección de Jesús; 14 cartas atribuidas a Pablo por 7 al resto de todos los apóstoles –de entre las cuales 1 2 Pedro son paulinas; Judas se inspira en 1 Corintios; un Apocalipsis muy judío pero que diviniza paulinamente a Jesús y

que interpreta su muerte como la del Cordero de Dios: 1 Cor 5:7) es totalmente paulina.

2. Que los Hechos de apóstoles, una obra nítidamente paulina, propaga artificial y ahistóricamente la fusión de Pablo y de Pedro: Pablo habla y actúa como Pedro; y Pedro como Pablo. Pedro es el fundador de la misión de los gentiles (Hch 10-11) y tiene una teología paulina (Hch 2 y 3).

3. Que no hay ningún testimonio de una teología especialmente petrina (salvo su judeocristianismo "normal") que pudiera servir de atracción y de ligamento a unas comunidades de paganocristianos cuya teología era paulina, teología por cierto estimada como "peligrosa y exagerada" por los judeocristianos. Aquí entran de nuevo 1 2 Pedro, escritos espurios, obra de discípulos de Pablo, compuestos expresamente para presentar a un Pedro muy concorde con Pablo. El autor de 2 Pedro, obra probablemente compuesta hacia el 130-135, alaba directamente a Pablo y reconoce en 3:16 que las cartas de Pablo son ya canónicas (unos quince años antes de que Justino afirme oscuramente la canonicidad de los Evangelios o "Memorias de los apóstoles" (I Apología 67, 3), compuesta hacia el 150-160:

4. Ireneo de Lyon, que es el primer sistematizador de la teología cristiana, es un pensador paulino puro. A Pedro ni lo considera ni apenas lo nombra. La teología del "Contra los herejes" no debe prácticamente nada a un pensamiento teológico específico de Pedro. Ireneo es el primer testimonio de un canon del Nuevo Testamento casi igual al nuestro y que, como hemos dicho, es netamente paulino.

Y ahora añadido: salvo "El Pastor" de un tal Hermas, quizás hermano de Pío, obispo de Roma hacia el 150, y de la "Didaché", o doctrina de los Doce apóstoles, obras judeocristianas, las principales figuras teológicas del siglo II son todas paulinas: 1 Clemente; Ignacio de Antioquía; Bernabé es un antijudío bastante furioso; Policarpo pertenece la esfera de Ignacio de Antioquía; Justino Mártir es paulino, lo mismo que Clemente de Alejandría y Tertuliano». [[Antonio Piñero](#), 2019]

## **NO HAY PRUEBAS PARA LA GRAN IGLESIA PETRINA**

«Continúo hoy exponiendo mis argumentos sobre la inexistencia de una Gran Iglesia Petrina con un método quizás curioso para algunos, a saber, tomar argumentos de las palabras de un investigador que aboga por la existencia de tal Gran Iglesia, fundada más bien en hipótesis sobre el apóstol Pedro. Se trata de James D. G. Dunn en su capítulo sobre "Pedro" (48.1) de su obra "Ni judío ni griego", publicada por Verbo Divino en 2018 (análisis pp. 773ss).

En ninguna parte se dice expresamente en este capítulo que 1 Pedro es una carta espuria. Hay, sin embargo, un cierto consenso: no fue compuesta por Pedro, sino por un discípulo de Pablo. Ni tampoco lo dice nunca claramente Dunn en el capítulo 37.3 (vol. II del tomo 2, pp. 1308-1331) en donde la había tratado con mayor profundidad.

De este último volumen entresaco algunas expresiones interesantes:

“El consenso de los investigadores es que 1 Pedro no pudo haber sido escrita por Pedro, y que seguramente su composición se debe a un miembro de la segunda generación cristiana”. Y luego cita el “Comentario” de Paul Achtemeier, *I Peter* (colección Hermenia; Fortress Press, Minneapolis, de 1996): “La calidad del griego de esta epístola hace muy dudoso que esta epístola fuera escrita por un pescador galileo; desde el punto de vista estilística es la mejor prosa del Nuevo Testamento”. Cuesta imaginar que alguien como el Pedro descrito en los Evangelios poseyera ese conocimiento y esa capacidad” (p. 118, n. 35 de Achtemeier).

Ahora bien: hay una puerta abierta para la presunta autoría de Pedro: 1 Pedro en 5:12-13 afirma que “Por medio de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, exhortándoos y atestiguándoos que esta es la verdadera gracia de Dios; perseverad en ella. Os saluda la que está en Babilonia, elegida como vosotros, así como mi hijo Marcos”. Es decir, que la redacción se debe a ese personaje, pero el pensamiento teológico puede ser de Pedro. Sin embargo, no conozco ningún crítico independiente, e incluso muchísimos, la mayoría, de los confesionales, que no sostenga que esas frases son el producto del falsario para autentificar su propia producción con el nombre de Pedro.

Lo curioso de la carta, 1 Pedro, “es la falta de recuerdos personales de la vida de Jesús, algo que uno seguramente no esperaría de alguien que le había acompañado desde el ministerio en Galilea hasta la resurrección”. Y añade Dunn (p. 1312): “El sabor intensamente paulino de la carta, tanto en el lenguaje como en el contenido, y el uso evidente de otras tradiciones primitivas cristianas parecen inesperados en alguien que seguramente tendría su propia manera de entender y expresar la fe cristiana”.

Entiéndase, pues, claramente: en 1 Pedro no hay nada específicamente petrino, y sí mucho específicamente paulino. Por eso, no entiendo cómo J. Dunn formula la siguiente afirmación: “Difícilmente podemos evitar preguntarnos si en los puntos de acuerdo no había tanta o más influencia de Pedro en Pablo que viceversa y si parte de la enseñanza de Pablo no es tan petrina como 1 Pedro paulina”. Me pregunto cómo puede afirmarse esto último si se ha confesado antes que de Pedro tenemos muchas anécdotas en el Nuevo Testamento (en los Evangelios especialmente y en Hechos), pero muy poca teología específica que no pueda presuponerse con toda razón que es la común judeocristiana; eso sí afirmando a la vez que “Pedro era probablemente más conciliador que Pablo o que Santiago”. La prueba de esto último procede de Pablo mismo en Gálatas 2:11-14, donde se relata a la vez que Pedro se arrepintió de ser conciliador con los paganocristianos y que dejó de comer con ellos siguiendo las ideas de Santiago, no las de Pablo.

Tampoco entiendo –si no hay documentación alguna, sino solo la misma carta de 1 Pedro, cuya autoría se pone en duda– que se pueda afirmar con tanta desenvoltura que Pedro viajó intensamente por zonas de Asia Menor (Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia) predicando el evangelio de que Jesús era el mesías solo a judíos, circuncisos (Gálatas 2:8-9), pero enseñándoles ideas propias de Pablo en un terreno que era también el propio de la actividad

misionera de Pablo! Y tampoco se entiende cómo Pedro viajaría entre judíos para misionarlos utilizando una Biblia alejandrina en griego (los LXX: p. 1311 de J. Dunn) y no una Biblia hebrea o targumes arameos, que eran los propios de su lengua materna, y que él podría traducir. ¡No me imagino al Pedro de Gálatas utilizando una Biblia en griego!

Volvamos ahora al volumen IV. Escribe nuestro autor, Dunn: "Las cartas atribuidas a Pedro, 1 Pe y 2 Pe no proporcionan un punto de partida (para entender la teología y la figura de Pedro) tanto como podríamos haber esperado. La frustración con 1 Pedro es intensa. 1 Pedro parece poco convincente como representante de la enseñanza característica de aquel a la que fue atribuida. Sabemos tan poco sobre lo que fue distintivo en la predicación y enseñanza de Pedro por las otras fuentes del Nuevo Testamento, que andamos casi a ciegas respecto si debemos considerar que 1 Pedro representa la distintividad de Pedro".

Precisamente este es mi argumento: ¿Cómo puede decirse que existía una Gran Iglesia petrina unificadora y unificante ya a finales del siglo I, si su base, Pedro, no ha dejado casi rastro alguno?

Además:

"Un punto muy interesante de 1 Pedro es el carácter muy paulino de la carta, lo que va a contrapelo de lo que podría deducirse de pasajes de Gal 2:12 (riña de Pablo a Pedro) y 1 Corintios 1:12 ("Me refiero a que cada uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo», «Yo de Apolo», «Yo de Cefas», «Yo de Cristo»"), que Pedro y Pablo eran opuestos en cuanto a aquello que resaltaban en su predicación y enseñanza" (así Dunn en la p. 776 del vol. IV).

Por ahora tenemos una propuesta bastante segura y que va tomando cuerpo: visto el testimonio del Nuevo Testamento y otros autores de la iglesia primitiva, pienso que es bastante más explicativa mi hipótesis: la "Gran Iglesia Petrina" es una invención, un hallazgo voluntario de los discípulos de Pablo (los que componen el Nuevo Testamento) para unir a Pablo con Pedro, artificialmente, para soslayar la acusación de que Pablo no era un verdadero apóstol porque "no había convivido con el Señor", y porque su evangelio procedía de visiones, mientras que el de Pedro venía del contacto directo de Jesús.

Si se construye el teologuema, por parte de los paulinos, de que Pedro es el gran amigo de Pablo (al menos en el fondo), que están los dos de acuerdo y que la gran iglesia petrina abraza a la paulina, está todo resuelto. Hechos de apóstoles es el gran testimonio de esta tendencia: Pedro como Pablo; Pablo como Pedro. A partir de las pistas que van dejando los seguidores de Pablo, la moderna teología edifica el constructum de la "Gran Iglesia petrina", pero solo con meras afirmaciones –dándolo todo por supuesto– y prácticamente nunca sin aportar pruebas». [[Antonio Piñero](#), 2019]

## **SAN PEDRO, UNA FIGURA INTRIGANTE**

Antonio Piñero escribe:

«Voy a intentar sustentar mi hipótesis sobre la inexistencia de una "Gran Iglesia petrina unificada y unificante" utilizando lo que sobre Pedro escribe James D. G. Dunn en el volumen IV de su magnum opus "El cristianismo en sus comienzos", titulado "Una identidad cuestionada", en su capítulo de síntesis sobre "Pedro" (pp. 771-802) y su "influencia continua" en los cristianismos de finales del siglo I y hasta, más menos, los dos tercios del II.

Comienza el capítulo afirmando que "Pedro es la figura que suscita más intriga. No cabe duda de la influencia de Pedro, e incluso de la Santiago en el variado panorama de los comienzos de los seguidores de Jesús, pero sobre Pedro "Las nieblas de los siglos I y II se hacen más densas". Y esta niebla se hace más densa aún cuando nuestro autor duda de la veracidad de que Pedro consolidara la primera misión de Samaria –Hch 8, noticia que va en contra de Mt 10:5: "A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: «No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos"– y más todavía, que fuera él quien inventó o "tuvo la inesperada iniciativa de abril el evangelio a no judíos" (Hch 10-11).

Es claro que el autor de Hechos (Para Dunn es sin duda Lucas; a mí me parece más probable un discípulo de este que escribe en su nombre, lo cual explica muy bien las contradicciones y las semejanzas y cambios de estilo y vocabulario) y Pablo "refieren muy diversamente la participación de Pedro en la conferencia de Jerusalén (Hch 15; en caso de dudas o contradicción hay que dar la prioridad a Pablo y no a Hechos, creo). "Si lo referido en Hechos refleja una versión" de lo sucedido en esa conferencia, "es importante indicar que los argumentos decisivos fueron presentados por Pedro, pero la decisión conclusiva fue tomada por Santiago". Con otras palabras, Pedro es ya una figura secundaria en la comunidad "madre". Pedro había "desaparecido de Jerusalén y había marchado a otro lugar (Hch 12:,7), cuya identidad nunca revela el autor.

La figura de Pedro, según Pablo en 1 Corintios 1:12; 3:22) fue un factor no aglutinante, sino que ayudó a provocar el "faccionalismo de la iglesia de Corinto, aunque no hay indicios sólidos de una visita de Pedro a esa ciudad ni del tiempo que él hubiera pasado en esa comunidad". Vemos, pues que los indicios por fuentes de la primera generación (Hechos y Pablo) son irregulares en el mejor de los casos y dejan una imagen confusa".

Ya solo esta conclusión invalida la interpretación de Senén Vidal sobre el surgimiento de la "Gran Iglesia". Cuando, al parecer, habían muerto ya dos de los puntales más conocidos del judeocristianismo primitivo, Pedro y Pablo (en realidad nada sabemos seguro sobre la muerte de esos dos personajes, por más que dispongamos de noticias de los Hechos apócrifos de Pedro y de Pablo que apuntan a la persecución de Nerón a los cristianos de Roma, tras el incendio, en el 64 d.C.), tuvo lugar el nacimiento, desarrollo y cénit de la gran iglesia. Con palabras de Vidal: "Fue en ese tiempo cuando el movimiento cristiano sufrió una profunda evolución decisiva para su historia posterior. Durante esa época se inició el proceso de formación de lo que se ha venido a llamar la gran iglesia, es decir, la iglesia unificada e institucionalizada".

En esos momentos, "las comunidades cristianas tenían una viva conciencia de misión universal, sin distinciones étnicas (entre judíos creyentes o no en el Mesías y paganocristianos) y sociales, y estaban convencidas de formar parte del pueblo mesiánico universal". Pero el grupo cristiano no vivía en una total paz interna, ya que aparecían también tendencias radicales, más tarde denominadas "heréticas". "La evolución del movimiento cristiano se caracterizó ante todo como un proceso de unificación, durante el cual fue surgiendo la iglesia universal, según la formulación de Ignacio de Antioquía (A los esmirnenses 8:2: "Allí donde aparezca el obispo, allí debe estar el pueblo; tal como allí donde está Jesús, allí está la iglesia universal he katholiké ekklesía")".

"Eso supuso la unión de las diversas corrientes cristianas de los orígenes. Todas ellas tenían que desaparecer como tales corrientes separadas, para entrar a formar parte de la 'gran iglesia' una y uniformada. El final de este proceso es la integración de los escritos de esas antiguas corrientes dentro de una única colección de libros, el canon del Nuevo Testamento, que se fue configurando a lo largo del siglo II" (ENT 35-36).

Naturalmente los escritos originarios de Pablo (compuestos probablemente entre el 51 y el 58) quedan totalmente fuera de este movimiento, como indica Vidal con claridad. La causa, según Vidal, era el carácter exagerado de la teología paulina y la "Gran Iglesia" hubo de limarla y pulirla. Además, todos los autores, cuyas obras irán a formar parte del Nuevo Testamento, sea cual sea la familia ideológica de la que provengan, por ejemplo, Pastorales, Santiago/Jacobo, Judas, 1 2 Pedro, coinciden en considerar heréticos ciertos grupos paulinos, a los que combaten ferozmente (así lo sostiene Senén Vidal en su obra *Evangelio y cartas de Juan. Génesis de los textos juánicos*, p. 96 (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2013 y que cito como EJC).

Pero a partir del 70 los dos grupos nucleares cristianos, por distintas que fueran sus convicciones, sufren el mismo proceso de atracción hacia una fecunda unidad gracias a la cual podrán enfrentarse a las subcorrientes disgregadoras, las herejías, que amenazaban precisamente tal deseable unidad. Así pues, Vidal imagina que existió una línea evolutiva en estos años que, a falta de mayor concreción, debe imaginarse como una fuerza potente y un tanto misteriosa e inconcreta, que toma como icono principal a Pedro (no a Pablo, ni tampoco a su teología). En torno a él se constituye el germen de una iglesia "cristiana universal", o gran iglesia, cuyo impulso tendía a formar una unidad de todos los grupos cristianos dispersos, uniformándolos e institucionalizándolos.

Esta gran iglesia resultó ser tan poderosa (se supone que por la potencia congregadora de su representante, Pedro) que

1. Asimiló el judeocristianismo que sobrevivió a las revueltas antirromanas de los judíos del 66-70 (Palestina), 118-119 (Cirenaica y Chipre sobre todo) y 132-135 (Palestina de nuevo), y

2. Obligó a que otros grupos judeocristianos y helenísticos/paulinos fueran desapareciendo como tales y sus restos se fueran integrando en esa gran iglesia, cuyo representante o icono aglutinante es, debe insistirse, Pedro.

En este sentido afirma Vidal:

“Lo mismo que le sucedió a otros grupos cristianos de los tiempos antiguos, como por ejemplo a los paulinos, también los grupos joánicos desaparecieron como tales en la primera parte del siglo II. Ese era precisamente el sentido de la formación de la gran iglesia, iniciado a finales del siglo I que intentaba integrar dentro de una iglesia unida e institucionalizada las diversas corrientes del cristianismo antiguo”. La obra de los autores joánicos que están detrás de la tercera fase de composición del Evangelio de Juan (denominada por Vidal E3: EJ, pp. 40-41) –el evangelio tal como estaba en esta fase avanzada de su composición–, “se puede caracterizar como un intento de institucionalización de la tradición joánica en una dirección muy semejante a la que seguía la gran iglesia, que estaba en proceso de convertirse en una auténtica religión institucionalizada frente al judaísmo y paganismo. De hecho bastantes textos de E3 delatan un claro influjo de la tradición de la gran iglesia y concretamente de la tradición sinóptica” (ENT 494).

La última frase de esta cita indica que entre la “Gran Iglesia petrina” y la tradición sinóptica había fuertes lazos. Se sobrentiende que la tradición sinóptica se contrapone de algún modo al paulinismo estricto de las siete cartas auténticas de Pablo. Esta última idea me parece igualmente imposible para quien haya leído cualquier comentario, incluso de los publicados en castellano, sobre los evangelios de Marcos y de Lucas, y en menor grado, pero también en el de Mateo. Todos los comentaristas están de acuerdo en la idea de que la interpretación básica de la figura y misión de Jesús como mesías y salvador dependen la concepción paulina de la muerte y resurrección de Jesús manifestada por Pablo en sus cartas: muerte del Mesías, entidad celeste después de su resurrección, aceptada por este voluntariamente y que se acomoda a un designio eterno del Padre en el sacrificio de la cruz, cuyo efectos suponen la remisión de los pecados de toda la humanidad, no solo de los judíos.

Tenemos muchas anécdotas de Pedro en los Evangelios y Hechos, pero muy poco, o casi nada de su presunta teología propia, salvo su judeocristianismo básico». [[Antonio Piñero](#), 2019]

## **PEDRO Y PABLO**

«-San Pedro es otro de los personajes claves para el establecimiento del Cristianismo y un hombre muy ligado a Jesús en vida. ¿Cómo fue su relación con Pablo de Tarso?

-De Pedro sabemos muy poco porque los evangelios petrinus han desaparecido y la imagen que tenemos de él por los evangelistas es bastante negativa. De Pedro conocemos anécdotas, pero no cuál era su teología, aunque seguramente era muy judía y diferente a la de Pablo. Ellos tuvieron un grave enfrentamiento en la ciudad de Antioquia, e incluso dejaron de

hablarse. La cuestión es que, como Pedro luego tampoco estaba de acuerdo con Santiago el Mayor y tuvo que salir huyendo de Jerusalén, pues ha pasado a la posterioridad que no tenía una doctrina tan rígida y era más próximo a Pablo de lo que lo eran otros apóstoles. Realmente faltan datos para poder escribir un libro de teología petrina». [[Antonio Piñero](#)]

## **PABLO DE TARSO Y EL JUDAÍSMO**

Como resultado de esa «experiencia» vivida en el camino a Damasco, Saulo de Tarso, hasta entonces dedicado a «perseguir encarnizadamente» y «asolar» con «celo» a la «Iglesia de Dios» según sus propias palabras, transformó su pensamiento y su comportamiento. Pablo siempre habló de su condición judía en tiempo presente, y señaló que él mismo debía cumplir las normas dictaminadas por las autoridades judías. Probablemente nunca abandonó sus raíces judías, pero permaneció fiel a aquella experiencia vivida, considerada uno de los principales acontecimientos en la historia de la Iglesia.

Pablo era judío, de la escuela de Gamaliel, de denominación fariseo. El punto principal de su mensaje era que los gentiles no tienen necesidad de circuncidarse al igual que los judíos (1Cor 3:2), de hecho una buena parte de sus enseñanzas es un énfasis a los gentiles para que comprendan que su salvación no depende de copiar los rituales judíos; sino que tanto judíos como gentiles son salvos por gracia Divina, que se aplica por medio de la fe (fidelidad).

Fue el pionero en afirmar que el mensaje de salvación de Jesús, que comenzaba en Israel, era aplicable a toda criatura con independencia de su origen. Para Saulo los seguidores gentiles de Jesús no deben seguir los mandamientos de la Torá (ley) que son exclusivos al pueblo de Israel. Y así queda establecido en el Concilio de Jerusalén (Gal 2:7-9), que los gentiles sólo deben guardar los preceptos de los gentiles.

Muchas de sus enseñanzas, al ser dirigidas a un pueblo gentil eran mal entendidas y mal interpretadas (2P 3:15-16). Algunos judíos por un lado interpretaron que Pablo enseñaba a abandonar la Torá de Moisés (Hch 21:28; Hch 21:21), lo cual no era cierto, y él mismo lo tuvo que desmentir (Hch 25:8; Hch 21:24,26). Por otro lado, había gentiles que interpretaban que la salvación por gracia les permitía pecar, y también lo tuvo que desmentir (Rom 6:15).

Recientemente, algunos investigadores como Carlos A. Segovia han defendido que Pablo no buscó superar ni reformar el judaísmo, sino incorporar a los gentiles a Israel por medio de Cristo sin obligarles a renunciar a su condición de gentiles. Esta interpretación recibe el nombre "nuevo enfoque radical sobre Pablo" y contrasta tanto con su interpretación cristiana tradicional como con la llamada "nueva perspectiva sobre Pablo" de James D. G. Dunn y Nicholas Thomas Wright, según la cual Pablo se propuso reformar el judaísmo.

«En la interpretación de Pablo me adscribo a la corriente de la "New perspective on Paul" de N.T. Wright y James Dunn, pero creo que voy un poco más allá. Carlos A. Segovia, por el contrario, se adscribe claramente al bando

de los "New Radicals", una interpretación presuntamente solo judía, no griega de Pablo, muy condicionada por el holocausto que impulsa a nuevas lecturas». [Antonio Piñero]

Pablo jamás fue perseguido por los judíos a causa de su cristología (doctrina de Jesús como cristo o mesías), sino por sus interpretaciones de la Ley y su aplicación a los gentiles/paganos conversos a la fe en Jesús. Y ahí radica sin duda el meollo de la cuestión.

Pablo de Tarso, con su concepción de la figura y misión de Jesús de Nazaret, es el fundamento del cristianismo, cuyo nacimiento –después de la muerte de Jesús, ya que este no fue un cristiano, sino un judío preocupado por reformar su religión y anunciar la venida del reino de Dios sobre la tierra de Israel– se debe básicamente al pensamiento de Pablo. Su influjo en la interpretación de Jesús como mesías/cristo se hizo absolutamente decisivo cuando los cuatro evangelistas (incluidos Mateo y Juan que presentan puntos de vista aún más judíos que Marcos y Lucas) decidieron poner como fundamento de su presentación del Jesús terreno el punto de vista paulino acerca del sentido de su nacimiento, vida pública, muerte, resurrección y exaltación a los cielos, fundamento que en parte proyectaron sobre la vida de este mismo Jesús en la tierra.

No queda claro, como se afirma con rotundidad, que Pablo fuera el "segundo fundador del cristianismo", puesto que consta con certeza que jamás quiso implantar religión nueva alguna.

«En síntesis, la idea interpretativa del libro de Antonio Piñero (*Guía para entender a Pablo de Tarso. Una interpretación del pensamiento paulino*, de Antonio Piñero, Madrid, 2015) gira en torno a la noción de que Pablo, para interpretar la Ley y su relación con los paganos convertidos a paganocristianos a la fe en Jesús como mesías, se apoya en ideas judías de la época que han dejado muy poco rastro por escrito. En concreto: la Ley no es simple, sino compleja, y se divide en dos partes: una universal y eterna, obligatoria para todos, incluso para los gentiles o paganos (cuya base es el Decálogo); otra específica y temporal, y que afecta a los judíos miembros naturales de la alianza de Dios con Abrahán, pero a no los gentiles, que son solo hijos adoptivos (cuyas normas básicas son la circuncisión, y los preceptos sobre los alimentos y la pureza ritual). Y esta idea fundamental se complementa con otra, a saber, que el Mesías, por dispensación divina, tiene poder para cambiar la Ley en época mesiánica, es decir, en la que creía vivir Pablo. Esta idea, la Ley es doble y cambia en la época mesiánica, fue considerada blasfemia por muchos judíos de la época de Pablo..., hasta hoy día. ¡Pero es perfecta y aceptablemente judía! El que los gentiles / paganos, convertidos a Jesús consiguieran la salvación al igual que los judíos, pero que no tuvieran que cumplir una parte de la Ley fue la aportación, ciertamente revolucionaria, de Pablo de Tarso.» [Reseña de Jesús G. Maestro]

Según Antonio Piñero, la idea de que la Ley mosaica cambia en época mesiánica es aceptada como razonablemente judía por especialistas de la cábala, quienes sostienen que en época mesiánica la nueva ley, la Torá Azilut,

es distinta. Y como prueba, el autor de esta *Guía* aporta una serie de textos de rabinos de los siglos III al VI d.C. que señalan el cambio de la ley de Moisés en los tiempos del Mesías. Por tanto, toda la *Guía para entender a Pablo de Tarso* gira alrededor de una hipótesis interpretativa: que el Mesías cambia/interpreta la Ley al final de los tiempos.

«El mesías cristiano es no sólo "celeste", sino hijo físico, óptico, real, de Dios. Aquí radica la diferencia esencial e insalvable con el judaísmo. En mi opinión, y en la de otros, este paso sólo se da en el cristianismo paulino –no en el de Jerusalén, los primeros seguidores de Jesús–, y el impulso primero lo dio Pablo de Tarso, el judío profundamente helenizado, en cuyo pensamiento desde pequeño, en su ciudad de nacimiento, Tarso de Cilicia, se daba la existencia simultánea de la cultura judía –representada por la comunidad hebrea de la ciudad– y una potente religiosidad pagana, muy orientada hacia los cultos de salvación. En mi opinión, Pablo asimila desde joven, consciente o semiconscientemente, estos dos ámbitos religiosos. Esta asimilación se traducirá –en una crisis dentro de su judaísmo– en un encuentro visionario con el Jesús resucitado, de donde le vendrá su interpretación peculiar de ese mismo Jesús, interpretación que él transmitirá luego a sus comunidades de conversos». [[Antonio Piñero](#)]

«El origen del Cristianismo habría que buscarlo en la "falsificación" que hicieron los discípulos de la figura de Jesús, por miedo a las iras de los romanos, y en el giro que San Pablo hizo dar a esa doctrina al introducir, llevado por una necesidad psicológica personal, las ideas helenísticas, que permiten interpretar el fracaso de Cristo como un acto redentor, la divinidad del Señor, la Trinidad, etc., todo lo cual eran ideas inaceptables para un judío, y, por tanto, para Cristo mismo». [Lehmann, 1970]

«Pablo desjudaiza a Jesús y su pensamiento. Hace de la figura de un mesías judío un salvador universal al modo de una divinidad helenística perfectamente asumible por cualquier pagano culto. Pablo elimina –según él, por revelación divina– los elementos más difíciles de cumplir de la ley judía: la circuncisión y la obligatoriedad de múltiples normas, sobre todo referidas a la pureza y a los alimentos.

Sobre todo en su carta a los Filipenses y, especialmente, en Gálatas, se muestra con toda claridad que los judeocristianos, "hombres de Santiago", el dirigente de la iglesia de Jerusalén, le persiguieron encarnizadamente, especialmente en la última parte de su vida por predicar un cristianismo que, precisamente, desjudaizaba a Jesús y eliminaba el valor de lo más sacrosanto del judaísmo: la Ley y el Templo». [[Antonio Piñero](#)]

## **PABLO, UN JUDÍO MESIÁNICO**

Segovia, Carlos A.: Por una interpretación no cristiana de Pablo de Tarso. El redescubrimiento contemporáneo de un judío mesiánico. [Publicado en edición electrónica en los e-books de Amazon].

Según Segovia, Pablo, a diferencia de lo que enseña la Iglesia en general, no abandonó jamás el judaísmo, sino que buscó incorporar a los paganos a Israel

ante el fin de los tiempos. Entonces, ¿fue Pablo «cristiano» conforme al significado que habitualmente asignamos a este término? De ningún modo pudo ser algo que todavía no existía, y que habría de formarse plenamente siglos más tarde.

Sin duda, después de Pablo, se desarrolló un pensamiento que se creyó heredero de su teología, pero que en realidad la malinterpretó, dando así como resultado el nacimiento de una nueva religión que el Apóstol jamás habría saludado con gozo.

Cristo es para Pablo únicamente la vía que tenían los gentiles para incorporarse a Israel, cuya restauración final estaba en ciernes; los judíos, sin embargo, tenían ya la Alianza, y en ese sentido no necesitaban a Cristo: no tenían que creer en él necesariamente para salvarse. Pero debían, a la vez, aprovechar la oportunidad que él les brindaba, como Mesías al final de los tiempos, de reconciliarse con Dios y ser la luz de las naciones, para que estas se salvaran también adorando al Dios de Israel.

Por ello puede decirse que el Apóstol suscribe la existencia de una «doble vía para la salvación»: una para los judíos y otra para los gentiles.

Pablo, sobre todo en Romanos, dirige al respecto una doble y simultánea advertencia a los paganos convertidos y a los judeocristianos. Los paganos conversos no deben creerse superiores a los judíos ya cristianos porque estos últimos sigan aferrados a unas costumbres de su ley ancestral, que para ellos, gentiles convertidos,

estaba ya superada. Y los segundos, los judeocristianos, no debían sentirse superiores a los gentiles conversos, ni tampoco a aquellos otros judíos que no habían aceptado a Cristo, pues poseían ya la Alianza de Dios con Abrahán, su progenitor, que les bastaba para salvarse sin convertirse en cristianos.

El fundamento de esta doble advertencia de Pablo choca con la tesis cristiana, según la cual no hay salvación fuera de la Iglesia.

Defiende también Segovia que la incorporación de los gentiles a Israel no fue una preocupación únicamente de Pablo, sino una constante a lo largo de la historia del judaísmo anterior al rabínico, interés que llegó en ocasiones a enfrentar a unos grupos judíos con otros. El nacimiento de la apocalíptica, con la doctrina de la reordenación del universo al final de los tiempos, estuvo de algún modo ligado a esa controversia. Los textos que sugieren que, al final, las naciones se incorporarán a Israel son numerosos y de muy diferente índole: proféticos, narrativos, litúrgicos, simbólicos, etc.

Por otra parte, algunos de esos textos apuntan a la necesidad de una misión a los gentiles previa a la consumación de todas las cosas para la integración de los paganos en Israel en igualdad de condiciones con los judíos. Es esta la idea que Pablo retoma y amplía reflexionando sobre el alcance de las promesas de Dios a Abrahán, de las que los gentiles son también destinatarios.

Respecto a Jesús como Mesías, señala Segovia que, a diferencia de otros autores neotestamentarios, Pablo elude identificar nominalmente a Cristo con

el «Hijo del hombre» (según Segovia, este mesías de origen celeste era propio de la apocalíptica judía que había formado ya tal concepto), si bien atribuye a Cristo ciertos rasgos propios del Hijo del hombre y del Mesías de origen davídico en su función de juez del final de los tiempos.

Pablo es, por lo tanto, deudor del mesianismo judío prerrabínico y apocalíptico, cuyo repertorio de figuras mesiánicas –regias, sacerdotales, proféticas, jurídicas, didácticas y carismáticas, ya sean humanas o sobrehumanas, históricas o legendarias– permite encuadrar en su contexto los orígenes ideológicos del cristianismo en tanto que fenómeno específicamente judío.

En este caso, la única innovación consistiría simplemente en haber identificado al Mesías con Jesús de Nazaret. Lo que Pablo aporta al mesianismo es, sobre todo, la idea de que el Mesías, aceptando voluntariamente su muerte, habría retrasado su llegada definitiva para dar así oportunidad al arrepentimiento de judíos y gentiles por igual. De lo contrario todos se habrían condenado. Ese, y no otro, es el significado soteriológico que, según Pablo, hay que asignar a la muerte de Jesús, la cual no reviste, en definitiva, y en contra de lo

que suele pensarse, carácter sacrificial alguno.

Sostiene también Segovia que no es posible interpretar la peculiar cristología paulina en función de las categorías de la cristología johánica reelaborada por la Iglesia nicena y constantinopolitana, para las que Cristo es preexistente y de naturaleza divina.

Tampoco es adecuado proyectar sobre esa naturaleza tales o cuales conceptos extraídos de los cultos místicos del helenismo, o ideas del gnosticismo, con los que la relación de la teología paulina es, a lo sumo, indirecta.

Basta con la evolución del judaísmo hasta el siglo I d. C. para explicar una figura como la de Pablo. El judaísmo del período del Segundo Templo no fue unívoco, sino que su diversidad fue tal que debe hablarse siempre de «judaísmos», en plural, cada uno con sus ideas y textos característicos.

El redescubrimiento del corpus de escritos hoy conocido como 1 Henoc ha sido clave en este sentido, puesto que ha permitido adelantar en el tiempo los orígenes de la apocalíptica, parte importantísima de ese judaísmo pluriforme que constituye la base

única de Pablo, y delimitar mejor la ideología de aquella, centrada en la esperanza de una intervención divina capaz de alterar el curso de la historia, frente al ritualismo de los sacerdotes que se creían descendientes de Sadoc, el sacerdote de David, basado a su vez en el funcionamiento normalizado del Templo.

A causa de la amenaza extranjera y del descontento ante la política de los gobernantes judíos, que alcanzó su cenit a mediados del siglo II a.C, esa esperanza de un final feliz se extendió a numerosos grupos religiosos judíos, preparando así el camino del que habría de surgir después el movimiento de Jesús, y el de su intérprete Pablo, que no fueron sino los impulsores de uno más entre otros grupos judíos cuyas raíces apocalípticas son innegables.

De ahí que deba contemplarse el «cristianismo», antes de que reciba ese nombre, es decir, en los momentos en que Pablo estaba predicando a Jesús Mesías a los gentiles, como un fenómeno rigurosamente judío que reelaboró una serie de ideas de índole apocalíptica y sacerdotal no recogidas, en cambio, por el judaísmo rabínico.

En consecuencia, Segovia sostiene que la tesis de una división inicial entre un cristianismo todavía judío y otro ya gentil –división de la que, supuestamente, las cartas de Pablo nos suministrarían el más temprano de los testimonios– no se sostiene. Hay más bien que preguntarse cómo intervino Pablo en relación con el movimiento de Jesús y de sus primeros discípulos.

La hipótesis de Segovia es que el Apóstol se propuso muy probablemente devolver a la apocalíptica sus raíces en los textos de los profetas, sobre todo el tercer Isaías, y su inicial preocupación por la incorporación de los gentiles al final de los tiempos. De ese modo dio un impulso nuevo y de mayor alcance al movimiento de Jesús, oponiéndose incluso a quienes, formando parte de él –ciertos judeocristianos o prosélitos–, pensaban quizá que sólo ellos se salvarían, y que la restauración de Israel y la llegada del reino de Dios, que Jesús había anunciado, nada tenía que ver con los paganos si permanecían como tales.

Respecto a la ley mosaica, Segovia defiende que Pablo jamás la denostó por sí misma, como si no tuviera ya ningún sentido. Y aun en el caso de que Pablo en sus cartas hubiera criticado la Ley oponiendo a ésta la gracia de Dios –que lo hace con expresiones muchas veces ambiguas y condicionado por los artificios retóricos que debía emplear hacia sus lectores gentiles–, su postura no podría considerarse de ningún modo antijudía: no habría razón alguna para pensar que el Apóstol se habría situado, en este punto, fuera del judaísmo.

Defiende así Segovia que hay notables precedentes de la postura paulina de una minoración del valor de la Ley como instrumento salvífico absoluto. 1 Henoc y sus seguidores casi ignoraron la ley mosaica, seguramente por considerarla ineficaz, centrando más bien su atención en la necesidad de una intervención divina en la historia capaz de enderezar su curso. Otros precedentes de una postura ambigua hacia la Ley, anteriores a Pablo, son el Documento arameo de Leví, que cuestiona las normas sacerdotales asociadas a la Ley y a sus representantes. Igualmente, el Testamento de Leví muestra sus reservas respecto a tales normas. El Libro de Job parodia a su vez la idea de que las buenas obras son siempre premiadas, criticando de ese modo la ingenuidad inherente a todo paradigma retributivo.

2 Samuel, 7 y otros textos bíblicos afines sostuvieron que, por encima de la Ley, e incluso de la Alianza, están la misericordia y la gracia de Dios, cuyos favores son poco menos que incondicionales.

IV Esdras, compuesto poco después de Pablo, retoma esta última idea y atestigua su importancia en un momento crítico: la destrucción del templo de Jerusalén. Paralelamente, Ben Sirá (el autor del Eclesiástico) y el anónimo escritor que está detrás del libro de Baruc apelan ante todo a la misericordia de Dios, mientras que diversos Salmos canónicos y apócrifos y, de manera

especialmente importante, los Himnos de Qumrán, insisten en la idea de que la justicia de Dios y el arrepentimiento del hombre van de la mano.

Pablo no criticó la Ley en nombre de la gracia: simplemente entendió que la primacía en el plan salvífico de Dios correspondía a la gracia y que era por medio de ella como podían integrarse en Israel quienes, por su condición étnica y religiosa, no disponían de la Ley, los gentiles. Su intuición consistió en advertir que la Ley tiene un alcance determinado, pero también, y por lo mismo, sus límites. No faltaron, pues, a estas ideas precedentes internos en el judaísmo.

Como puede observarse, Segovia defiende un conjunto de directrices en la exégesis paulina que para el lector español son ciertamente novedosas: ante todo, que Pablo no fue un cristiano y que, consecuentemente, no trató jamás de fundar una nueva religión distinta del judaísmo. La relación establecida por Pablo entre el Mesías, Israel y la incorporación o, mejor, injerto de los gentiles en Israel es también puramente judía... y apocalíptica. Pablo es un judío integral.

### **¿PABLO FUNDADOR DEL CRISTIANISMO?**

«Puede decirse que Pablo puso los fundamentos ideológicos que más tarde, por obra de sus seguidores, conducirían a la fundación del cristianismo.

Todo apunta a un Pablo que tuvo mucho que ver con la construcción y propagación de un Jesús considerado ante todo como el "Cristo celestial", en cuanto contrapuesto al Jesús de la historia. Ahora bien, la respuesta a la pregunta sobre el fundador del cristianismo debería ser una breve y sencilla negación, partiendo de las ideas acerca de la fidelidad de Pablo al judaísmo.

Jamás se le pasó por la cabeza a Pablo fundar religión alguna. Aun siendo consciente de cuán personales eran sus concepciones sobre Jesús --al fin y al cabo eran producto de una revelación privada del Padre acerca del Hijo--, el Apóstol no piensa en absoluto que esté fundando una religión nueva, ni tampoco entraba en sus propósitos. Pablo tendría por loco a quien esto opinara de él, puesto que él no deseaba otra cosa que vivir su judaísmo plenamente en el Mesías de Israel». [[Antonio Piñero](#)]

### **INTERPRETACIÓN NO CRISTIANA DE PABLO DE TARSO**

La hipótesis de Carlos Segovia (*Por una interpretación no cristiana de Pablo de Tarso. El redescubrimiento contemporáneo de un judío mesiánico*), adelantada en los últimos años por autores como K. Stendahl, Ll. Gaston, J. Gager, N. Elliot, W. Campbell, S. Stowers, M. Nanos, P. Eisenbaum, C. Johnson Hodge, P. Fredriksen y D. Rudolph (partidarios, todos ellos, del que viene llamándose el "nuevo enfoque radical" sobre la figura del Apóstol), es la siguiente: Pablo --a diferencia de lo que enseña la Iglesia-- no abandonó el judaísmo, sino que buscó incorporar a los gentiles a Israel en calidad de hijos adoptivos de Abraham instándolos a cooperar con los judíos en la preparación del reino de Dios. Con ello, afirma el autor radicalizando aún más la

perspectiva ganada por el nuevo enfoque, Pablo no sólo se opuso a cualquier presunción gentil ante la resistencia de Israel a creer en la llegada del mesías, sino a quienes pensaban que no todo Israel se salvaría –y de antemano, por tanto, a la idea según la cual no hay salvación fuera de la Iglesia. Este innovador libro busca, así pues, liberar a Pablo de su tradicional interpretación cristiana examinando a tal fin las raíces judías del mesianismo paulino y la identidad de sus oponentes. Pablo no hizo de Jesús un ser divino ni interpretó su muerte en términos sacrificiales, y que quienes se opusieron a su misión fueron, ante todo, ciertos prosélitos o gentiles conversos al judaísmo.

Comentario de [Antonio Piñero](#):

«Según Segovia, Pablo, a diferencia de lo que enseña la Iglesia en general, no abandonó jamás el judaísmo, sino que buscó incorporar a los paganos a Israel ante el fin de los tiempos. Entonces, ¿fue Pablo «cristiano» conforme al significado que habitualmente asignamos a este término? De ningún modo pudo ser algo que todavía no existía, y que habría de formarse plenamente siglos más tarde.

Sin duda, después de Pablo, se desarrolló un pensamiento que se creyó heredero de su teología, pero que en realidad la malinterpretó, dando así como resultado el nacimiento de una nueva religión que el Apóstol jamás habría saludado con gozo.

Cristo es para Pablo únicamente la vía que tenían los gentiles para incorporarse a Israel, cuya restauración final estaba en ciernes; los judíos, sin embargo, tenían ya la Alianza, y en ese sentido no necesitaban a Cristo: no tenían que creer en él necesariamente para salvarse. Pero debían, a la vez, aprovechar la oportunidad que él les brindaba, como Mesías al final de los tiempos, de reconciliarse con Dios y ser la luz de las naciones, para que estas se salvaran también adorando al Dios de Israel. Por ello puede decirse que el Apóstol suscribe la existencia de una «doble vía para la salvación»: una para los judíos y otra para los gentiles.

Pablo, sobre todo en Romanos, dirige al respecto una doble y simultánea advertencia a los paganos convertidos y a los judeocristianos. Los paganos conversos no deben creerse superiores a los judíos ya cristianos porque estos últimos sigan aferrados a unas costumbres de su ley ancestral, que para ellos, gentiles convertidos, estaba ya superada. Y los segundos, los judeocristianos, no debían sentirse superiores a los gentiles conversos, ni tampoco a aquellos otros judíos que no habían aceptado a Cristo, pues poseían ya la Alianza de Dios con Abrahán, su progenitor, que les bastaba para salvarse sin convertirse en cristianos. El fundamento de esta doble advertencia de Pablo choca con la tesis cristiana, según la cual no hay salvación fuera de la Iglesia.

Defiende también Segovia que la incorporación de los gentiles a Israel no fue una preocupación únicamente de Pablo, sino una constante a lo largo de la historia del judaísmo anterior al rabínico, interés que llegó en ocasiones a enfrentar a unos grupos judíos con otros. El nacimiento de la apocalíptica, con la doctrina de la reordenación del universo al final de los tiempos, estuvo de algún modo ligado a esa controversia. Los textos que sugieren que, al final,

las naciones se incorporarán a Israel son numerosos y de muy diferente índole: proféticos, narrativos, litúrgicos, simbólicos, etc.

Por otra parte, algunos de esos textos apuntan a la necesidad de una misión a los gentiles previa a la consumación de todas las cosas para la integración de los paganos en Israel en igualdad de condiciones con los judíos. Es esta la idea que Pablo retoma y amplía reflexionando sobre el alcance de las promesas de Dios a Abrahán, de las que los gentiles son también destinatarios.

Respecto a Jesús como Mesías, señala Segovia que, a diferencia de otros autores neotestamentarios, Pablo elude identificar nominalmente a Cristo con el «Hijo del hombre» (según Segovia, este mesías de origen celeste era propio de la apocalíptica judía que había formado ya tal concepto), si bien atribuye a Cristo ciertos rasgos propios del Hijo del hombre y del Mesías de origen davídico en su función de juez del final de los tiempos.

Pablo es, por lo tanto, deudor del mesianismo judío prerrabínico y apocalíptico, cuyo repertorio de figuras mesiánicas –regias, sacerdotales, proféticas, jurídicas, didácticas y carismáticas, ya sean humanas o sobrehumanas, históricas o legendarias– permite encuadrar en su contexto los orígenes ideológicos del cristianismo en tanto que fenómeno específicamente judío.

En este caso, la única innovación consistiría simplemente en haber identificado al Mesías con Jesús de Nazaret. Lo que Pablo aporta al mesianismo es, sobre todo, la idea de que el Mesías, aceptando voluntariamente su muerte, habría retrasado su llegada definitiva para dar así oportunidad al arrepentimiento de judíos y gentiles por igual. De lo contrario todos se habrían condenado. Ese, y no otro, es el significado soteriológico que, según Pablo, hay que asignar a la muerte de Jesús, la cual no reviste, en definitiva, y en contra de lo que suele pensarse, carácter sacrificial alguno.

Sostiene también Segovia que no es posible interpretar la peculiar cristología paulina en función de las categorías de la cristología johánica reelaborada por la Iglesia nicena y constantinopolitana, para las que Cristo es preexistente y de naturaleza divina.

Tampoco es adecuado proyectar sobre esa naturaleza tales o cuales conceptos extraídos de los cultos místicos del helenismo, o ideas del gnosticismo, con los que la relación de la teología paulina es, a lo sumo, indirecta.

Basta con la evolución del judaísmo hasta el siglo I d. C. para explicar una figura como la de Pablo. El judaísmo del período del Segundo Templo no fue unívoco, sino que su diversidad fue tal que debe hablarse siempre de «judaísmos», en plural, cada uno con sus ideas y textos característicos.

El redescubrimiento del corpus de escritos hoy conocido como 1 Henoc ha sido clave en este sentido, puesto que ha permitido adelantar en el tiempo los orígenes de la apocalíptica, parte importantísima de ese judaísmo pluriforme que constituye la base

única de Pablo, y delimitar mejor la ideología de aquella, centrada en la esperanza de una intervención divina capaz de alterar el curso de la historia, frente al ritualismo de los sacerdotes que se creían descendientes de Sadoc, el sacerdote de David, basado a su vez en el funcionamiento normalizado del Templo.

A causa de la amenaza extranjera y del descontento ante la política de los gobernantes judíos, que alcanzó su cenit a mediados del siglo II a.C, esa esperanza de un final feliz se extendió a numerosos grupos religiosos judíos, preparando así el camino del que habría de surgir después el movimiento de Jesús, y el de su intérprete Pablo, que no fueron sino los impulsores de uno más entre otros grupos judíos cuyas raíces apocalípticas son innegables.

De ahí que deba contemplarse el «cristianismo», antes de que reciba ese nombre, es decir, en los momentos en que Pablo estaba predicando a Jesús Mesías a los gentiles, como un fenómeno rigurosamente judío que reelaboró una serie de ideas de índole apocalíptica y sacerdotal no recogidas, en cambio, por el judaísmo rabínico.

En consecuencia, Segovia sostiene que la tesis de una división inicial entre un cristianismo todavía judío y otro ya gentil –división de la que, supuestamente, las cartas de Pablo nos suministrarían el más temprano de los testimonios– no se sostiene. Hay más bien que preguntarse cómo intervino Pablo en relación con el movimiento de Jesús y de sus primeros discípulos.

La hipótesis de Segovia es que el Apóstol se propuso muy probablemente devolver a la apocalíptica sus raíces en los textos de los profetas, sobre todo el tercer Isaías, y su inicial preocupación por la incorporación de los gentiles al final de los tiempos. De ese modo dio un impulso nuevo y de mayor alcance al movimiento de Jesús, oponiéndose incluso a quienes, formando parte de él –ciertos judeocristianos o prosélitos–, pensaban quizá que sólo ellos se salvarían, y que la restauración de Israel y la llegada del reino de Dios, que Jesús había anunciado, nada tenía que ver con los paganos si permanecían como tales.

Respecto a la ley mosaica, Segovia defiende que Pablo jamás la denostó por sí misma, como si no tuviera ya ningún sentido. Y aun en el caso de que Pablo en sus cartas hubiera criticado la Ley oponiendo a ésta la gracia de Dios –que lo hace con expresiones muchas veces ambiguas y condicionado por los artificios retóricos que debía emplear hacia sus lectores gentiles–, su postura no podría considerarse de ningún modo antijudía: no habría razón alguna para pensar que el Apóstol se habría situado, en este punto, fuera del judaísmo.

Defiende así Segovia que hay notables precedentes de la postura paulina de una minoración del valor de la Ley como instrumento salvífico absoluto. 1 Henoc y sus seguidores casi ignoraron la ley mosaica, seguramente por considerarla ineficaz, centrando más bien su atención en la necesidad de una intervención divina en la historia capaz de enderezar su curso. Otros precedentes de una postura ambigua hacia la Ley, anteriores a Pablo, son el Documento arameo de Leví, que cuestiona las normas sacerdotales asociadas a la Ley y a sus representantes. Igualmente, el Testamento de Leví muestra

sus reservas respecto a tales normas. El Libro de Job parodia a su vez la idea de que las buenas obras son siempre premiadas, criticando de ese modo la ingenuidad inherente a todo paradigma retributivo.

2 Samuel, 7 y otros textos bíblicos afines sostuvieron que, por encima de la Ley, e incluso de la Alianza, están la misericordia y la gracia de Dios, cuyos favores son poco menos que incondicionales.

IV Esdras, compuesto poco después de Pablo, retoma esta última idea y atestigua su importancia en un momento crítico: la destrucción del templo de Jerusalén. Paralelamente, Ben Sirá (el autor del Eclesiástico) y el anónimo escritor que está detrás del libro de Baruc apelan ante todo a la misericordia de Dios, mientras que diversos Salmos canónicos y apócrifos y, de manera especialmente importante, los Himnos de Qumrán, insisten en la idea de que la justicia de Dios y el arrepentimiento del hombre van de la mano.

Pablo no criticó la Ley en nombre de la gracia: simplemente entendió que la primacía en el plan salvífico de Dios correspondía a la gracia y que era por medio de ella como podían integrarse en Israel quienes, por su condición étnica y religiosa, no disponían de la Ley, los gentiles. Su intuición consistió en advertir que la Ley tiene un alcance determinado, pero también, y por lo mismo, sus límites. No faltaron, pues, a estas ideas precedentes internos en el judaísmo.

Como puede observarse, Segovia defiende un conjunto de directrices en la exégesis paulina que para el lector español son ciertamente novedosas: ante todo, que Pablo no fue un cristiano y que, consecuentemente, no trató jamás de fundar una nueva religión distinta del judaísmo. La relación establecida por Pablo entre el Mesías, Israel y la incorporación o, mejor, injerto de los gentiles en Israel es también puramente judía... y apocalíptica. Pablo es un judío integral».

## **PABLO DE TARSO A LA LUZ DE LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO**

Las cartas de Pablo han recibido una luz nueva con los descubrimientos de los manuscritos del Mar Muerto en los años cuarenta del siglo XX. Concepciones aparentemente novedosas en la teología paulina tienen sorprendentes paralelos en textos de los manuscritos del Mar Muerto.

Según el profesor [Antonio Piñero](#), las principales similitudes o concomitancias son las siguientes:

- 1) El acento en la casi irremisible situación de pecado del ser humano, esa "criatura de barro, en pecado desde el seno materno y en iniquidad culpable hasta la vejez" es muy parecido en Pablo y en los Manuscritos.
- 2) El tema de la nueva creación, es decir, el fin de un mundo periclitado o del hombre viejo y la constitución de un hombre nuevo gracias a la nueva alianza instaurada por la muerte de Jesús.
- 3) La comunidad de fieles como un templo de Dios, en el que los fieles son los "santos entre los que conviven los ángeles".

- 4) Hay un cierto dualismo ético (propio de la moral humana) y cosmológico (batalla cósmica entre el Bien y el Mal) en Qumrán similar al que observamos en Pablo y en el IV Evangelio. En Pablo especialmente la "carne" mala parece personificada en Pablo como si fuera un principio cósmico. En ello se notaría una cierta influencia del platonismo vulgarizado en su distinción radical idea/espíritu = bueno, real; materia /carne = mala, mero reflejo del mundo superior; por tanto, imperfecto, por ser reflejo. El culpable de todo lo malo de la carne es el Pecado como se indica en Rom 7: 18-20.
- 5) En especial, el teologuema central paulino de la justificación por la fe. Tanto Pablo como el Maestro de Justicia de Qumrán confían en la "justicia de Dios", gracias a la cual el ser humano recibe una justificación que nunca podría alcanzar por sí mismo.

«Sin duda alguna, los manuscritos del Mar Muerto nos han hecho ver que las líneas teológicas de Pablo, las del Maestro de Justicia y la de la Regla de la Comunidad se entrecruzan.

El concepto de la salvación en Pablo no es reductible a la teología del Antiguo Testamento, de la literatura judía helenística o de los escritos de Qumrán. Esta concepción puede resumirse así:

1. Condición moral de la humanidad desesperada y sin remedio;
2. Descenso de un salvador divino a un cuerpo humano;
3. Muerte violenta, en cruz, del salvador divino;
4. Resurrección y confirmación de la divinidad e inmortalidad del salvador crucificado;
5. Expiación vicaria de los pecados de la humanidad efectuada por la muerte del salvador. Esta expiación se hace efectiva en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora;
6. Promesa de resurrección e inmortalidad para los creyentes en el salvador". Dentro de estos puntos la investigación considera centrales: a) la figura de un hijo de Dios, que padece, muere y resucita; junto con b) el envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador.» [Antonio Piñero]

«No tenemos ni idea cuál fue exactamente la predicación oral de Pablo en las semanas, meses o años que estuvo en sus comunidades, y que –apresurado por el fin del mundo inminente según él creía– escribió solo lo que era más perentorio para sus comunidades.

Pablo jamás fue perseguido por los judíos a causa de su cristología (doctrina de Jesús como cristo o mesías), sino por sus interpretaciones de la Ley y su aplicación a los gentiles/paganos conversos a la fe en Jesús.

Pablo se apoya en ideas judías de la época que han dejado muy poco rastro por escrito. En concreto: la Ley no es simple, sino compleja y se divide en dos partes: una universal y eterna, obligatoria para todos, incluso para los gentiles o paganos; otra específica y temporal, y que afecta a los judíos miembros de

la Alianza, pero a no los gentiles. Y esta idea se complementa con otra, a saber, que el Mesías, por dispensación divina, tiene poder para cambiar la Ley en época mesiánica, es decir, en la que creía vivir Pablo.» [Antonio Piñero]

«Grecia y Roma, la gentilidad a la que se enfrente San Pablo poseían otras religiones, entre ellas, religiones de misterios, con ritos de iniciación, etc. San Pablo no duda en adoptar unas veces su vocabulario: revestirse de un indumento, adopción, fuerza o poder de Dios, etc. Otras veces recoge frases que eran *theologumena* en Grecia, tales como “En Él (en Dios) vivimos, nos movemos y somos” (de un poema de Epiménides), “de la raza de Dios somos” (de un himno de Cleantes a Zeus), etc. Otras veces incluso adopta filosofemas estoicos, como la distinción entre espíritu, psique y cuerpo, 1 Tes 5, 23: “El Dios de la paz os santifique cumplidamente, y que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se conserven sin mancha para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. No es un sincretismo, sino la adopción de vocablos y conceptos para llenarlos de un sentido nuevo.

Frente a la gentilidad Pablo va a desarrollar una cristología casi totalmente desvinculada de los caracteres puramente semíticos que ofrecía todavía la predicación apostólica en Jerusalén. San Pablo desarrolla una cristología, una antropología y una soteriología de carácter expresamente universal.» [Zubiri, 2017: 193-194]

---